



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
SUAYED FILOSOFÍA



**SUAYED**

**HACIA UNA COMPRENSIÓN DE LA  
SUBLIMACIÓN DESDE EL MARCO DE LA  
ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA**

**T E S I N A**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADA EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:**

**AÍDA CORTÉS POZA**

**DIRECTOR DE LA TESINA: MTRO. GABRIEL ALVARADO NATALI**

México, D.F.

Agosto 2011



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradezco a:

GABRIEL ALVARADO NATALI

por haberme acompañado durante la realización de este trabajo  
con su constante disposición y valiosa asesoría

PEDRO JOEL REYES LÓPEZ

por su invaluable apoyo y guía a lo largo de mi formación

ERIKA LINDIG CISNEROS

por su valiosa colaboración y aportaciones

FRANCISCO MANCERA Y MARCO ANTONIO LÓPEZ

por la revisión de este trabajo

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

por la generosidad con la que brinda conocimiento

*A Sergio*

*A mis padres y hermanos*

*La libertad es uno de los más preciosos dones  
que a los hombres dieron los cielos;  
con ella no pueden igualarse los tesoros  
que encierra la tierra ni el mar encubre;  
por la libertad así como por la honra  
se puede y debe aventurar la vida.*

Miguel de Cervantes Saavedra

Introducción .....	5
Capítulo I .....	7
El concepto filosófico de lo sublime: de la Grecia Antigua al Romanticismo.	
Capítulo II .....	20
De lo sublime a la sublimación. Freud: La condición humana desde la perspectiva de una teoría pulsional	
II.1. Las pulsiones y el principio de placer .....	21
II.2. Principio de realidad y cultura .....	23
II.3. Los destinos de la pulsión .....	25
II.3.1. Represión y neurosis .....	26
II.3.2. La sublimación .....	29
Capítulo III .....	35
Sublimación y cultura	
III.1. Eros y socialización .....	35
III.2. La sublimación como proceso transformador .....	38
III.2.1. Eros y Ethos .....	39
III.2.2. Eros y el Wissentrieb .....	41
III.2.3. El trabajo: ¿enajenación o creación? .....	43
<i>El arte como retorno a la pulsión</i> .....	47
Conclusiones .....	53
Bibliografía .....	57

# Introducción

---

La idea de trascendencia siempre ha inquietado al ser humano. El hombre es un ser que no se conforma con lo que tiene en el plano inmediato y tiende a mirar hacia otros lados, explorando horizontes cada vez más amplios e intentando rebasar todos los límites posibles. Por eso construye sistemas filosóficos que pretenden responder cuestionamientos fundamentales sobre el mundo y el papel del hombre en él. Al mismo tiempo, crea religiones con el afán de encontrar un sentido a su propia existencia, así como obras de arte que expresan lo inefable e inmortalizan al autor.

En este camino de búsqueda, el hombre sufre una transformación que se gesta desde su interior. La sublimación, en el marco de la antropología filosófica, es el concepto mediante el cual trataremos de explicar dicho proceso humano de transformación y afán de trascendencia. Para ello empezaremos por remontarnos a la noción filosófica de *lo sublime*, siendo éste el origen del término *sublimación* empleado por el psicoanálisis. Bien como fuente de inspiración artística, virtud moral, acercamiento a lo divino, o como creación de instituciones y sociedades, la sublimación refleja la complejidad del hombre. En su origen, lo sublime era una noción relacionada con una comprensión del hombre y su naturaleza. Posteriormente, el concepto se ligó más específicamente al ámbito del arte, lo bello y la sensibilidad. Más adelante, la propuesta freudiana de la sublimación representa un retorno al enfoque antropológico más amplio.

Para entender la noción de lo sublime, hay que remontarse a los griegos. En el primer capítulo de este trabajo se expone brevemente el tema de lo sublime filosófico, revisando ciertos autores que hicieron alguna contribución relevante en torno a esta cuestión a lo largo de la historia, desde la Antigua Grecia hasta el Romanticismo. Con Longino toma forma el concepto -como aspiración hacia lo elevado mediante el discurso poético- que ya en Platón había aparecido (vinculado a la *paideia* y la *areté*: nociones clave en el tema de la condición humana). En el Renacimiento, la propuesta viquiana que relaciona lo sublime con la autoconstrucción del hombre a través de la historia (que implica

que la naturaleza humana sea una entidad dinámica), constituye una influencia fundamental para el pensamiento freudiano. Kant, por su parte, a través del planteamiento de lo suprasensible en nuestra naturaleza, conduce lo sublime hacia la esfera de la libertad y de la ética. Y en el Romanticismo, lo que se rescata es el mundo de la sensibilidad y el retorno a la naturaleza, reivindicando las fuerzas no racionales en las que Freud sustenta su teoría del hombre.

En el segundo capítulo se realiza un tránsito de lo sublime a la sublimación, describiendo la condición humana desde la perspectiva de la teoría pulsional freudiana: las pulsiones y sus posibles destinos (la represión, la sublimación y la relación entre ambas), el principio de realidad y la cultura. Por último, el tercer capítulo aborda los alcances culturales de la sublimación y, por lo tanto, la importancia de ésta para la teoría de la cultura. La sublimación es entendida como origen de la socialización, la ética, el *Wissentrieb*, el trabajo y el arte.

Esta tesina conduce a la problematización del concepto de sublimación desde una perspectiva de la antropología filosófica, que nos lleva a intentar responder preguntas como: ¿De qué manera se vincula la sublimación con las pulsiones y al mismo tiempo con la cultura? ¿Qué implicaciones tiene que la sublimación sea factor de cultura? Y si la sublimación es un proceso transformador, ¿cómo opera esta transformación y hacia dónde? ¿Qué encuentra el hombre a través de la sublimación?



# Capítulo I

---

## El concepto filosófico de lo sublime: de la Grecia Antigua al Romanticismo.

Lo sublime se ha entendido, desde su origen, como una elevación de la humanidad por encima de sí misma<sup>1</sup>, noción que nos conduce a preguntas como ¿qué es el hombre? (O ¿qué es lo humano?), ¿hacia dónde *debe* dirigirse? y a conceptos como cultura, moral y educación. En la Grecia Antigua, lo anterior estaba vinculado con la *areté*, que en su forma más elemental se refiere a la “excelencia”, el cumplimiento acabado del propósito o función. Hacia la época clásica, el significado de *areté* se acercó a lo que hoy se considera *virtud* en un sentido ético, incluyendo rasgos como la magnanimidad, la templanza o la justicia. Siendo la *areté* el saber superior, auténticamente sublime, los griegos se preguntan acerca de la posibilidad de *enseñarla*<sup>2</sup>, como se hace con los conocimientos de tipo técnico y científico.<sup>3</sup>

De acuerdo con Platón, los sofistas no podían transmitir la *areté*. Lo que había que hacer era escuchar la voz de un maestro interior: el *daímon* (lo divino, el espíritu, un poder sobrenatural). Es decir, la virtud era algo que sólo podíamos encontrar *dentro* de nosotros mismos a través de una búsqueda, “un volverse del alma desde un día nocturno hasta uno verdadero; o sea, de un camino de ascenso hacia lo que es, camino al que correctamente llamamos *filosofía*”.<sup>4</sup> En *El banquete* se explica esta búsqueda como efecto de un *deseo*, al cual subyace la fuerza de *Eros*, Dios del amor, que impele a los hombres a realizar un *ascenso erótico* que lleve a sus almas desde la atracción por la belleza más concreta, corpórea y perecedera del mundo sensible, hasta las alturas de la realidad verdadera e intangible donde se hallan las esencias; la *idea* de lo bello y lo bueno. “Por consiguiente, cuando alguien asciende a partir de las cosas de este mundo mediante el recto amor de los

---

<sup>1</sup> Saint Girons, B. *Lo sublime*.

<sup>2</sup> Platón, *Menón*.

<sup>3</sup> Saint Girons, Op. Cit.

<sup>4</sup> Platón, *La República*. 521c

jóvenes y empieza a divisar aquella belleza, puede decirse que toca casi el fin.”<sup>5</sup> Y el fin es encontrar la virtud en este ámbito ideal donde se funden el amor y el conocimiento, y la filosofía se hace posible.

El mito de la caverna muestra la tesis platónica de la necesidad de “educar la naturaleza del hombre” en el sentido de la perfección (intelectual y moral); es decir, hacia lo sublime. Este es el camino de la filosofía, que Platón nos muestra como dolorosa y violenta liberación de las cadenas de la ignorancia, hacia una luz tan absoluta que deslumbra e incluso aterroriza. La búsqueda de la verdad es un recorrido que ha de realizarse con esfuerzo y renuncia. Tal es el proceso de la *paideia* platónica: “algo que atrae al alma hacia la verdad y que produce que el pensamiento del filósofo dirija hacia arriba lo que en el presente dirige indebidamente hacia abajo”.<sup>6</sup> Aquí, la *paideia* se entiende como la transformación y purificación del alma para, sólo así, poder acceder a esta región de la luz: el ámbito de lo divino. La filosofía platónica pone de manifiesto -según Jaeger- el *pathos* del proceso interior de la cultura, que es un proceso espiritual, de metamorfosis del alma, de donde emerge lo sublime.

En *La República*, la esencia de la educación filosófica se describe como un arte de la “conversión” (*periagogé*); de una *frónesis* (sabiduría práctica) que guía al alma hacia lo más elevado, donde se halla la *areté* entendida como virtud moral pero también como perfección sublime. Lo sublime platónico es aquello que nos trasciende, en el sentido primario del griego *hypsos* (“altura”) y en el sentido etimológico del latín *sublimis* (“que lleva transversalmente hacia lo alto”). “Lo sublime nos hace abandonar el mundo inmediatamente circundante para llevarnos más lejos: en otro lugar, hacia el cielo”.<sup>7</sup> El hombre tiene sed de conocimiento; necesidad de ir más allá de sus propias narices para descubrir lo que hay además de lo inmediato, y en esta búsqueda abandona no sólo su cueva, sino que él mismo deja de ser quien era. ¿Es, entonces, a través de la educación de la naturaleza del hombre hacia lo sublime, como surge lo verdaderamente humano?

---

<sup>5</sup> Platón, *El banquete*. 211b

<sup>6</sup> Platón, *La República*. 527b

<sup>7</sup> Saint Girons, *Op. Cit.*, p. 42

Ante la imposibilidad de definir lo sublime, siendo éste un término inasible, Longino lo concibe más como una tendencia o propósito que como un estado (fijo). Una aspiración (a lo elevado) que tiene que ver con la excelencia del lenguaje, misma que conduce hacia la perfección del hombre. La filosofía es lenguaje y “lo sublime es la cima del discurso”.<sup>8</sup> Lo sublime es lo maravilloso, causante de asombro y cuyas cualidades proporcionan una “fuerza invencible” al discurso que domina por entero al oyente. Se trata de una fuerza arrebatadora, una pasión violenta que nada tiene que ver con el raciocinio: “Nuestros oídos escuchan los acentos más poderosos y por ello nuestra atención es arrastrada lejos del razonamiento hacia aquello que nos impresiona por su imaginación”.<sup>9</sup> Lo que sobreviene es el *enthousiasmos* griego, que es arrebatado, éxtasis e inspiración divina; una voz formada de *entheos* o *enthous* (en + theos: que lleva un dios dentro).<sup>10</sup> “Nada hay tan sublime como una pasión noble, en el momento oportuno, que respira entusiasmo como consecuencia de una locura y una inspiración especiales y que convierte a las palabras en algo divino”<sup>11</sup> Lo sublime es un impulso y éste proviene de la divinidad, quien *transporta* al hombre de un ámbito a otro: de lo terreno a lo celeste, y al mismo tiempo lo transforma, permitiéndole trascender las fronteras de su propia individualidad y de su propio ser. El hombre se supera a sí mismo a través de lo sublime. Desde esta perspectiva, la naturaleza humana no permanece inmóvil; debemos esforzarnos en un proceso de elevación y conversión de nuestra propia alma, hacia un ascenso estético, moral e intelectual. Lo sublime es perfección discursiva pero también refleja nobleza de espíritu. Al igual que Platón, Longino concibe la ética y la estética como un todo integrado.

Pero –siguiendo a Platón- Longino se pregunta de qué manera podemos conducir al hombre hacia esta transformación de su propia naturaleza que lo lleve a un cierto progreso del sentido por la grandeza. “¿En qué medida es posible educar nuestras almas en la dirección de las cosas grandes?”<sup>12</sup> Longino sostiene que “la naturaleza, aunque a menudo en las emociones y en las sublimidades obedece a sus propias leyes, no es algo fortuito y no

---

<sup>8</sup> Longino, *Sobre lo sublime*

<sup>9</sup> *Íbid*, p.179

<sup>10</sup> <http://etimologias.dechile.net/?entusiasmo>

En Platón (Fedro), el entusiasmo era característica de la locura propia de los que estaban iluminados por la divinidad.

<sup>11</sup> Longino, *Op. Cit.*, p.159

<sup>12</sup> *Íbid*, 148.1

le gusta en absoluto actuar sin método”.<sup>13</sup> Es decir, la naturaleza debe *educarse* (mediante un cierto método), lo cual nos lleva nuevamente al tema de la *paideia*, que para Longino consiste en tratar de dirigir el *impulso* del hombre hacia la superación de sí mismo, a través de lo sublime como potencia expresiva y logos creador: el *ingenium*, invención inspirada, con la que un decir singular adquiere un alcance universal.

Longino reivindica la universalidad de lo sublime, pero se trata de una universalidad estrictamente subjetiva y, por tanto, estética –entendiendo lo bello como una experiencia del sujeto, y no como una cualidad objetiva, como lo concebía Platón. “Lo sublime tiene necesidad de nosotros, nos pretende no sólo disponibles, sino también vulnerables a su acción. Si nadie se expusiera al soplo de los grandes autores, a través de la activa mediación de sus discursos, lo sublime desaparecería”.<sup>14</sup> Pero no se trata tan sólo de una experiencia subjetiva, sino de que ésta sea compartida por la humanidad en general. Lo verdaderamente sublime es aquello que agrada siempre y a todos.<sup>15</sup> Lo sublime es el contacto del hombre con lo que lo hace humano y al mismo tiempo con lo que le permite su superación; es experiencia unificadora, pero a la vez liberadora; de comunión con la totalidad y camino a lo eterno: Los efectos de lo sublime no sólo ocurren mientras el discurso grandioso es escuchado, “pues, en realidad, es grande sólo aquello que proporciona material para nuevas reflexiones y hace difícil, más aún imposible, toda oposición y su recuerdo es duradero e indeleble.”<sup>16</sup>

No obstante, según Longino, no cualquiera tiene acceso a lo sublime. El verdadero artista no debe tener un espíritu mezquino e innoble. Aquellos que han tenido toda su vida “hábitos y pensamientos bajos y propios de esclavos” no pueden realizar algo digno de admiración y de la estima de la posteridad. Grandiosas son, en cambio, las palabras de aquellos “que tienen pensamientos profundos.”<sup>17</sup> Son los poetas, a través de su *ingenium* llevado a su punto más alto, quienes poseen el privilegio de poder trascender los límites de lo efímero, incluyendo las fronteras de su propio ser. Lo que es sublime es universal y (potencialmente) eterno, inmune a los embates del tiempo.

---

<sup>13</sup> *Íbid*, p.149

<sup>14</sup> Saint Girons, *Op. Cit.*, p.50

<sup>15</sup> Longino, *Op. Cit.*, p.158

<sup>16</sup> *Íbid*, p.157

<sup>17</sup> *Íbid*, p.160

Entonces, volviendo al vínculo entre lo sublime y la *paideia*, ¿Cómo educar en lo que va “más allá de lo humano” y hacer enseñable lo que no puede enseñarse? Si lo sublime perteneciera al ámbito de la naturaleza, no tendría nada que ver con la *paideia*. Pero si se situara exclusivamente en la *techné*, lo sublime no podría entenderse como la posibilidad del hombre de trascenderse a sí mismo. Entonces, si lo sublime no es *physis* pero tampoco *techné*, ¿qué cosa es?

Daremos un enorme salto en el tiempo para llegar hasta el siglo XVI, con un pensador del Renacimiento italiano que Saint Girons<sup>18</sup> considera esencial en la historia del concepto filosófico de lo sublime y cuya visión del hombre resulta, además, ser un antecedente importante de la antropología freudiana. Este autor es Giambattista Vico.

La filosofía de Vico pone el acento en la historia, concibiendo al hombre como un ser histórico, creador, moldeador de sí mismo y del mundo. Vico plantea la necesidad de establecer una distinción -en cuanto a métodos y propósitos- entre la *Naturwissenschaft* y la *Gesiteswissenschaft*: la ciencia natural frente a los estudios humanísticos. Nuestro autor privilegia estos últimos, pues constituyen conocimiento de lo que nosotros mismos hemos hecho y de lo que, por consiguiente, poseemos un profundo conocimiento *per causas* – “desde dentro”-, una capacidad con la que hemos sido *dotados* desde nuestros primeros comienzos. Así como en la tesis de Longino, para Vico es la Providencia o chispa divina la que muestra la luz al hombre, pero éste debe conducir su propia vida (a partir de ese primer impulso externo) hacia la superación de sí mismo. La educación debe dirigirse al desarrollo de las facultades –intelectuales y morales- que se encuentran bajo control humano.<sup>19</sup>

La historia, desde esta perspectiva, es entendida como una actividad “intencional” perpetua y no como una secuencia de eventos que el hombre observa pasivamente. Esta teoría del hombre como un agente activo y cuya naturaleza no es una esencia fija sino algo que está en constante cambio, es una tesis viquiana fundamental que desemboca en el concepto de lo sublime. Vico relaciona lo sublime con el origen de la civilización, retomando la noción longiniana de *ingenium*, en el sentido de “invención de cosas sublimes”, como catalizador de un renacimiento del hombre, creador de sí mismo, del

---

<sup>18</sup> Saint Girons, Op. Cit.

<sup>19</sup> Berlin, I. *Vico y Herder: Dos estudios en la historia de las ideas*.

mundo y de sus instituciones. “Este mundo civil ha sido hecho ciertamente por las modificaciones de nuestra propia mente humana.”<sup>20</sup>

La conciencia humana, tanto a nivel individual como colectivo, se ha desarrollado en un proceso que podríamos llamar de “evolución cultural” en el que la sensibilidad juega un papel muy importante, puesto que favorece nuestra capacidad para comprender al otro y a nosotros mismos, constituyéndonos así como seres sociales. La creatividad inherente al hombre, al principio inconsciente, se torna cada vez más consciente gracias al dominio de la naturaleza. De esta manera, la historia es el recorrido de la humanidad en busca de un propósito inteligible: el esfuerzo del hombre por realizar sus capacidades en el mundo (construido por él mismo), para lo cual tuvo que “progresar” en sus formas de sentir, actuar y pensar.<sup>21</sup> De acuerdo con Vico, el hombre no siempre pensó “humanamente”, sino que hubo una transición entre una etapa en la que se hallaba inmerso en los sentidos, dominado por impulsos, y un momento de superación de la animalidad y emergencia de la *ragione* (la razón), que implicó un acto constructor y transformador. Fue la sublimación, entendida como impulso creativo (*ingenium*), la que permitió al hombre crearse a sí mismo como miembro de una colectividad.<sup>22</sup>

Para Vico, la naturaleza humana ha de ser definida dinámicamente, pues es un *nascimento*, un proceso. Inmersa en el fluir de todo cuanto existe, no puede mantenerse si no es transformándose a sí misma, de suerte que genera constantemente nuevas características, nuevas categorías de pensamiento y acción. Tal transformación se ha llevado a cabo históricamente en el sentido de un progreso “desde los crudos comienzos a nuestros propios magníficos tiempos, y quién sabe hasta qué alturas más sublimes todavía inalcanzables”.<sup>23</sup>

La educación por lo sublime ha de buscar “algo que, al mismo tiempo que va más allá de nuestra naturaleza humana, la conforma y la convierte en casi divina”.<sup>24</sup> El pensamiento de lo sublime pone al hombre al servicio de fuerzas que lo superan en cuanto

---

<sup>20</sup> Vico, G. *Principios de una Ciencia Nueva*. 331.

<sup>21</sup> Berlín, Op. Cit.

<sup>22</sup> Saint Girons, Op. Cit.

<sup>23</sup> Berlín, Op. Cit., p.105

<sup>24</sup> Saint Girons, Op. Cit., p.141

individuo. Se trata de fuerzas heroicas, de trabajo inventivo arduo. Es la fuerza de la poesía. Se puede rastrear en lo sublime una esencia poética, concibiendo ésta como *póiesis* creativa originaria, previa al raciocinio; como una actividad natural y primer lenguaje en que se asienta la civilización. Es el “genio poético” de la mente: “los modos de expresión usados por la masa ingenua de la gente en los primeros tiempos de la raza humana, no por los hijos de su edad madura, hombres de letras autoconscientes, expertos o sabios”.<sup>25</sup> La poesía tiene como fin “enseñar al vulgo a obrar virtuosamente”,<sup>26</sup> particularmente conforme a la virtud heroica.

Vico aborda la racionalidad en su proceso histórico de conformación, criticando a los teóricos que explican la antropología desde el punto de vista de una razón completamente desarrollada, que olvidan que la conciencia es posterior y que el sujeto proyecta su propia estructura en las primeras formas de inteligibilidad: las metáforas y los mitos. La teoría viquiana expone el mito del proceso civilizatorio como nacimiento simultáneo del hombre, los dioses, el lenguaje y el pensamiento, a través de lo sublime como *ingenium* creador: “adhesión emotiva del hombre a todo cuanto le sobrepasa en el acto mismo en que le postra; fuerza creativa de un pensamiento capaz de generar la realidad humana; metamorfosis del hombre y de su mundo bajo los efectos de un saber que todo lo trastoca”.<sup>27</sup>

Esta crítica viquiana a la visión protomoderna del hombre y de la racionalidad ahistórica (cartesiana), toma forma en la Modernidad con autores como Kant, quien entiende lo sublime en el marco de una teoría de la sensibilidad, ya no de la creación. El hombre no *crea* lo sublime sino que lo *padece*, siendo lo sublime un sentimiento, una pasión humana. En la evolución del concepto de lo sublime, desde la concepción platónica del alma en metamorfosis, pasando después por lo sublime retórico y poético, emerge en el siglo XVIII lo “sublime natural” y el sentimiento de asombro que la inmensidad de la naturaleza nos produce. Hay un componente no racional siempre implícito en lo sublime y, por lo tanto, falta de control del sujeto que lo vive. Como lo expresa Burke: “La mente está tan llena de su objeto, que no puede reparar en ninguno más, ni en consecuencia razonar

---

<sup>25</sup> Berlín, Op. Cit., p.109

<sup>26</sup> Vico, Op. Cit.

<sup>27</sup> Saint Girons, Op. Cit., p.146

sobre el objeto que la absorbe. De ahí nace el gran poder de lo sublime, que, lejos de ser producido por nuestros razonamientos, los anticipa y nos arrebatada mediante una fuerza irresistible.”<sup>28</sup> Lo sublime rebasa al hombre, pero surge dentro del hombre mismo.

La estética kantiana pone el énfasis en el sujeto. El principio de lo sublime natural debe buscarse en una disposición del espíritu que da a la representación de la naturaleza un carácter sublime. Ninguna forma sensible puede contener lo sublime propiamente dicho. “Así, el inmenso océano agitado por la tempestad no puede llamarse sublime. Su aspecto es terrible, y es necesario que el espíritu se halle ya ocupado por diversas ideas para que tal intuición determine en él un sentimiento que por sí mismo es sublime puesto que le lleva... a ocuparse de ideas que tienen más altos destinos.”<sup>29</sup> Siguiendo con la tradición que inicia en la Grecia Antigua, lo sublime para Kant también es “elevación del espíritu”, pero provocada por la representación del entorno *físico*. Para Kant, la estética tiene que ver con la sensibilidad peculiar a cada hombre para ser grata o ingratamente impresionado por las cosas externas.<sup>30</sup> Nuestro autor define lo sublime como el sentimiento provocado por lo que es absolutamente grande. Se trata de la naturaleza vasta y terrible, que “despierta principalmente las ideas de lo sublime por el espectáculo de la confusión, del desorden y de la devastación, puesto que en esto muestra su grandeza y poderío.”<sup>31</sup> Lo sublime no aspira al *conocimiento* (del objeto), sino a evocar una *emoción*: “un sacudimiento, en el cual nos sentimos alternativa y rápidamente atraídos y repelidos por el mismo objeto.”<sup>32</sup> La turbación del ser y desestabilización del mundo percibido por él, producen un sentimiento de placer que surge de un fondo de dolor. En la medida en que lo sublime sacude nuestras certezas, es un principio de caos que nos hace presente “aquello que nos hubiera parecido inexperimentable, inimaginable, indisfrutable” y arrastra nuestra sensibilidad hacia su límite.<sup>33</sup>

Kant separa la relación cognitiva con los objetos de la relación estética, señalando que lo sublime es básicamente lo que da testimonio de una dimensión distinta de la mera

---

<sup>28</sup> Burke, E. *De lo sublime y de lo bello*, p.85.

<sup>29</sup> Kant, I. *La crítica del juicio*, p.69-70.

<sup>30</sup> Kant, *Lo bello y lo sublime*.

<sup>31</sup> Kant, *La crítica del juicio*, p.70

<sup>32</sup> *Ibid*, p.80

<sup>33</sup> Saint Girons, *Op. Cit.*, p.175



determinación sensorial y conceptual. A través de lo sublime se accede a nuestra naturaleza suprasensible; en otras palabras, se descubre una facultad en nosotros que excede toda medida de nuestros sentidos y nuestra razón. Se trata del poder que tenemos de concebir en la naturaleza al infinito como un todo. La naturaleza es, pues, sublime en aquellos fenómenos cuya intuición entraña la idea de su infinito. La medida verdadera e inmutable de la naturaleza es su absoluta totalidad, es decir, la comprensión de su totalidad considerada como fenómeno. Pero esta medida es un concepto contradictorio en sí: “El objeto que inspira en nosotros, sin el auxilio de ningún razonamiento sino por la simple aprehensión que de él tenemos, el sentimiento de lo sublime, puede parecer, en cuanto a la forma, discordar con nuestra facultad de juzgar... y juzgarle, sin embargo, tanto más sublime cuanto más violencia parezca hacer a la imaginación.”<sup>34</sup>

La inmensidad de la naturaleza y nuestra incapacidad para hallar una medida propia para la estimación estética de la magnitud de su dominio nos han revelado nuestra propia limitación, pero nos han hecho descubrir al mismo tiempo en nosotros algo nuevo: un poder de resistencia de tal especie, que nos da el valor de medir nuestras fuerzas con la omnipotencia aparente de la naturaleza. “La naturaleza no es, pues, aquí llamada sublime más que por la imaginación que la eleva hasta hacer de ella una exhibición de estos casos en que el espíritu puede hacerse sensible a su propia sublimidad, o a la superioridad de su propio destino sobre la naturaleza”.<sup>35</sup> Tal es la sublimidad en nosotros; sentimiento que nos separa de la naturaleza al hacernos conscientes de nuestra vulnerabilidad ante ella y que de esta manera posibilita la captación de nuestra propia libertad.

Somos libres en tanto nos situamos al margen del ámbito de la determinación de la naturaleza, afirmando nuestra *dignidad humana*: sentimiento que implica una disposición de nuestra propia naturaleza que nos une al resto de los hombres y otorga una dimensión *ética* al juicio estético del que nace lo sublime.<sup>36</sup> Sólo en el marco de la ética se puede hablar de libertad. En Kant, la ética es estética, y ésta última constituye el medio en el que se encuentran precisamente la naturaleza y la libertad. “La ‘adecuación a la ley’ estética

---

<sup>34</sup> Kant, *La crítica del juicio*, p.69

<sup>35</sup> *Ibid*, p.83

<sup>36</sup> Kant, *Lo bello y lo sublime*

liga a la Naturaleza con la Libertad, al Placer con la Moral.”<sup>37</sup> Kant concibe lo sublime como movilización de una fuerza que nos revela el superior destino de nuestra persona moral, y al mismo tiempo la posibilidad de renovación del sentimiento de nuestra presencia en el mundo.

En el contexto del planteamiento kantiano de la libertad humana, cuya base es la premisa de la existencia de lo suprasensible en nuestra naturaleza, surge en la segunda mitad del siglo XVIII el Movimiento Romántico como un rechazo del Iluminismo de la Modernidad y la consecuente exaltación del mundo emocional. La idea de lo romántico se ha asociado, desde su origen, a la idea de lo sublime. El Romanticismo busca retornar al arte como objeto de la estética y promover el renacimiento de lo sublime heroico frente a las fuerzas de la naturaleza.<sup>38</sup> Lo sublime heroico sólo se entiende en el sentido de una nueva dirección de la mirada: hacia el interior del hombre como sujeto individual; como héroe romántico que encarna el deseo de libertad y el impulso por la reivindicación de la dignidad humana. Para los románticos no había ninguna verdad, ningún ideal o valor por el que valiera la pena someter a la individualidad. El Romanticismo intenta lograr un despertar espiritual y la realización del potencial individual a través del arte, defendiendo la libertad artística mediante el rescate de lo que había sido negado: los instintos, pasiones, sentimientos, que se dan vuelo gracias al poder de la imaginación y la fuerza de lo sublime.

Siguiendo a Burke y Kant, la estética romántica, además de acentuar el valor de las emociones, ensalza la pasión por lo natural como símbolo de todo lo verdadero y genuino, rechazando el artificio de la civilización<sup>39</sup> y de la racionalidad. El hombre romántico ansía reencontrarse con la naturaleza y considera que en ella puede hallarse la auténtica inspiración. Para Blake, la naturaleza es armonía; la concepción pura y auténtica del mundo. Lo invisible al interior del hombre, su imaginación -manifestación de Dios mismo en el alma humana- representa el vínculo con la naturaleza<sup>40</sup>:

*El árbol que mueve algunos a lágrimas de felicidad,  
en la Mirada de otros no es más que un objeto Verde*

---

<sup>37</sup> Marcuse, H. *Eros y civilización*, p.169

<sup>38</sup> Saint Girons, Op. Cit.

<sup>39</sup> Por legado de Rousseau

<sup>40</sup> “The Early Romantics” <http://www.suite101.com/content/the-early-romantics>

*que se interpone en el camino.*

*Algunas personas Ven la Naturaleza como algo Ridículo y Deforme,*

*pero para ellos no dirijo mi discurso;*

*y aun algunos pocos no ven en la naturaleza nada en especial.*

*Pero para los ojos de la persona de imaginación,*

*la Naturaleza es imaginación misma.*

*Así como un hombre es, ve.*

*Así como el ojo es formado, así es como sus potencias quedan establecidas.<sup>41</sup>*

En contra del alejamiento que el Racionalismo había promovido entre el ser humano (como sujeto observador) y la naturaleza (como objeto de estudio), el movimiento romántico devuelve al hombre a sus orígenes naturales. El individuo frente a la naturaleza es frágil y lucha por su propia reivindicación, pero experimenta un sentimiento *sublime* al percatarse de que forma parte de ella, en una armonía absolutizante. Tanto en la teoría kantiana como en el Romanticismo, el sentimiento de lo sublime tiene que ver con nuestro vínculo con la naturaleza, pero para Kant lo sublime conlleva una conciencia humana de *autonomía*, mientras que en el Romanticismo se plantea lo contrario: la experiencia de *fusión* con la naturaleza. Como en la *Canción del pirata*, de Espronceda:

*Que es mi barco mi tesoro,*

*que es mi dios la libertad,*

*mi ley, la fuerza y el viento,*

*mi única patria, la mar.*

Goethe, por su parte, retrata un mundo donde la relación del hombre con la naturaleza tiene un carácter estético, siendo el arte una expresión moral de aquello que es natural. Para Goethe la filosofía debe ser capaz de intensificar el sentimiento de unidad con la naturaleza. Dice Fausto: “Espíritu sublime, tú me otorgaste todo cuanto te pedí. No en balde volviste hacia mí tu faz en medio de la llama. Me diste la espléndida naturaleza por reino, y a la vez, poder de sentirla y gozar de ella. No es puramente con fría admiración como me permites contemplarte, sino que me concedes la facultad de mirar en su profundo

---

<sup>41</sup> Blake, “Carta al Dr. Trustler” en <http://grandespoetasfamosos.blogspot.com/2009/01/william-blake.html>

seno como en el pecho de un amigo.”<sup>42</sup> Pero... “A la par que este arrobamiento que me transporta cada vez más cerca de los dioses, me diste el compañero (Mefistófeles) de quien no puedo ya privarme, a pesar de que, frío y procaz, me humilla a mis propios ojos y con un soplo de su palabra reduce tus dones a la nada... Así ando vacilante del deseo al goce, y en el goce suspiro por el deseo.”<sup>43</sup>

El héroe romántico representado en la figura de Fausto, al invocar al “espíritu sublime”, hace un llamado a la divinidad (que es lo divino y omnipotente de la propia naturaleza), con el deseo de ascender hasta el ámbito donde ella se encuentra, precisamente a través del arrobamiento experimentado en el contacto con la naturaleza, pero no en un sentido pasivo, sino en el sentido de fusión activa con ella. Tal es el sentimiento de lo sublime romántico: esta lucha incesante del individuo que es avasallado por la naturaleza y a la vez desea fervientemente mezclarse con ella por medio de la contemplación estética. El hombre debe vencer a sus propios demonios (representados en la figura de Mefistófeles) para lograr su propósito ético-estético en el mundo: conquistar la libertad en la armonía con el todo.

El sentimiento de lo sublime es mixto, dice Schiller. “Está compuesto por un sentimiento de pena, que en su más alto grado se expresa como un escalofrío, y por un sentimiento de alegría, que puede llegar hasta el entusiasmo y, si bien no es precisamente placer, las almas refinadas lo prefieren con mucho a cualquier placer.”<sup>44</sup> En la experiencia estética, que es una experiencia sublime, el hombre se hace efectivamente libre en y gracias a su sensibilidad. La sensibilidad, para Schiller, es una fuerza transformadora: “El arte verdadero no ha puesto la mira en un simple juego pasajero; lo que busca no es sumir al hombre en el sueño de un instante de libertad; su seriedad consiste en hacerle libre efectivamente y de hecho, despertando, ejercitando y formando una fuerza en él que lo transforme en una obra libre de nuestro espíritu.”<sup>45</sup> La tragedia consigue, tanto en la representación del destino del héroe, como en los efectos que esto causa sobre el espectador, dejar que la naturaleza misma despliegue en el hombre su libertad. En esto,

---

<sup>42</sup> Goethe, J.W. *Fausto*, p.102-103

<sup>43</sup> *Ibid* (el paréntesis en la cita es mío)

<sup>44</sup> Schiller, F. “On the sublime” en <http://studiocleo.com/librarie/schiller/essay.html>

<sup>45</sup> Schiller, *The bride of Messina* en <http://www.gutenberg.org/files/6793/6793-h/6793-h.htm>

apunta Schiller, es en lo que debemos acercarnos a los griegos tanto como sea posible. El conflicto trágico permite la afirmación de la dignidad del hombre inmerso en la naturaleza y el mundo de la sensibilidad.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> Acosta, M. "Lo sublime y la visión trágica del mundo en los textos filosóficos schillerianos"

## Capítulo II

---

### De lo sublime a la sublimación. Freud: La condición humana desde la perspectiva de una teoría pulsional.

Hemos abordado el tema de lo sublime en tanto concepto filosófico que nace en la Grecia Antigua y que siempre estuvo ligado a una visión del hombre como criatura que se desenvuelve en el mundo de la sensibilidad, de donde nace su impulso creador y transformador, con miras hacia lo “alto”, lo “perfecto”. El hombre no es un ser ya constituido sino que se encuentra en constante transformación; en una búsqueda perpetua y afán de trascender sus propios límites. Esta noción de la naturaleza humana se halla detrás de la filosofía de lo sublime, donde la ética es al mismo tiempo estética. La sublimación, como concepto psicoanalítico, parte precisamente de esta forma de concebir al ser humano. Veremos a continuación cómo Freud construye el psicoanálisis alrededor de los conceptos de “pulsión” y “energía psíquica”, y que es dicha energía la que pasa por el proceso transformador denominado *sublimación*.

Desde la perspectiva del psicoanálisis freudiano, la esencia del hombre no es una cualidad o una sustancia dada, sino una *intrínseca contradicción*.<sup>47</sup> Freud propone una teoría dialéctica del ser humano basada en la presencia de una lucha constante entre fuerzas antagónicas: *Eros* y *Tánatos*; principio de placer y principio de realidad; instinto y represión. De acuerdo con Touraine, la obra freudiana es el ataque más sistemático que se haya lanzado contra la ideología de la Modernidad, pues el psicoanálisis rompe con la noción cartesiana de sujeto como entidad racional y consciente. “El psicoanálisis se niega –dice Freud- a considerar la conciencia como la esencia misma de la vida psíquica, sino que ve en la conciencia una simple cualidad de la vida psíquica que puede coexistir con otras cualidades o faltar.”<sup>48</sup> Al introducir la noción de *inconsciente*, Freud rechaza la idea de la psique como una unidad coherente y advierte que ésta se encuentra fracturada y marcada por el deseo. El mundo afectivo recuperado por el romanticismo se abre en el psicoanálisis

---

<sup>47</sup> Fromm, E. *El corazón del hombre*.

<sup>48</sup> Freud, S. *El yo y el ello*, p.

bajo la óptica de una teoría pulsional: una explicación del hombre como criatura determinada biológicamente pero que siempre anhela algo más y vive en continua búsqueda, sin ser consciente de los verdaderos motivos de su obrar. “El hombre no es dueño de la casa que habita”, asevera Freud. El hombre es un ser que construye caminos pero que al mismo tiempo siente la necesidad de deshacerlos; un ser que desea pero se siente culpable por ello.

El verdadero objeto del psicoanálisis es la vida psíquica del hombre convertido en ser social. Por eso, las contradicciones que gobiernan al ser humano constituyen la base de la problemática de la cultura, y el desarrollo de ésta última alimenta los conflictos individuales. El progreso cultural parece estar ligado con la falta de libertad en un contexto en que las tendencias opuestas difícilmente encuentran conciliación. Todo indica que “el plan de la ‘Creación’ no incluye el propósito de que el hombre sea ‘feliz’”.<sup>49</sup>

## II.1. Las pulsiones y el principio de placer

De acuerdo con Freud, el hombre debe entenderse a partir de una teoría de la pulsión. Ésta es definida como el tipo de estímulo que proviene del interior del organismo y que actúa como fuerza constante. Podríamos llamarle “necesidad” al estímulo pulsional y “satisfacción” a lo que lo cancela.<sup>50</sup> Lo que en el animal se denomina “instinto”, en el hombre es pulsión: energía que proviene del cuerpo pero se manifiesta en la vida anímica y se almacena en el *ello*, la parte innata y totalmente inconsciente de la psique. Siendo el reservorio primario de las pulsiones, el origen del *ello* es biológico. Recibe necesidades pulsionales de los procesos somáticos y les da expresión psíquica; cuerpo y alma se conjugan en el *ello* y desde esta síntesis operan conforme al *principio de placer*. Se puede decir que para la teoría freudiana el hombre es fundamentalmente hedonista.

En esencia, el concepto de placer en Freud está sustentado sobre la base del equilibrio-desequilibrio pulsional. Siguiendo las ideas de Fechner, Freud relacionaba el displacer con el desequilibrio y el placer con el restablecimiento del equilibrio. El principio

---

<sup>49</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.20.

<sup>50</sup> Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, p.114

de placer señala la necesidad de obtener satisfacción por una inmediata descarga de energía. “Las energías sin límites depositadas en el *ello* son los recursos irracionales y libres de control de la vitalidad individual. El *ello* lleva al individuo a cometer las acciones más irresponsables, parecidas a las de un niño recién nacido.”<sup>51</sup>

Inicialmente, Freud sólo hablaba de una pulsión de vida o *Eros*, dividida en pulsiones sexuales y de autoconservación (hambre, sed, necesidad de relajar esfínteres). La satisfacción de las pulsiones de vida se traduce en la obtención de placer. Sin embargo, más adelante Freud planteó la existencia de otro tipo de impulso; una fuerza tendiente a la disolución de la vida para retornar a un estado inorgánico de quietud. Se trata de *Tánatos* o pulsión de muerte, cuyo principal representante es el sadismo. Vida y muerte son dos fuerzas antagónicas pero entrelazadas<sup>52</sup>; creación y destrucción son inseparables. “El impulso sexual produce tensión para un alivio placentero, la muerte procura a todos los procesos vitales un pacífico final.”<sup>53</sup> Como diría Schopenhauer, la muerte no es solamente el acontecimiento brutal que cortaría el curso de la vida, sino también una perpetua amputación operada desde dentro. Sin embargo, la muerte no es propiedad de la sustancia viva (mientras que la reproducción sí lo es), es más bien –según Freud– un mecanismo de conveniencia para la Naturaleza, un fenómeno de la adaptación a las condiciones vitales externas. La mortalidad de la sustancia viva es indispensable para mantener la vida en el planeta.

Podemos ver que, a pesar de los cambios que se fueron dando en las ideas de Freud, su teoría siempre fue dualista. Modificó su concepción de las pulsiones, pasando de una división entre pulsiones sexuales y de autoconservación, a una nueva dicotomía: la oposición entre vida y muerte.<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> Wolman, B. *Introducción al conocimiento de Freud*, p.56

<sup>52</sup> Estas dos mociones pulsionales antagónicas coexisten en el *ello*, sin suprimirse ni excluirse mutuamente, pues –según Freud– el *ello* es caótico, carente de lógica y de organización. Se define por la ausencia de un sujeto coherente, lo que connota el pronombre neutro “ello” elegido por Freud para designarlo. (Laplanche y Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*)

<sup>53</sup> Wolman, Op. Cit., p.49

<sup>54</sup> Otros teóricos psicoanalistas poseen una visión diferente del hombre y su relación con el mundo: Para Jung, la libido -entendida como energía psíquica en general (no solamente sexual)- era la única fuerza pulsional.



## II.2. Principio de realidad y cultura

Para Freud, el motor de la vida es la búsqueda de placer y, en un inicio, las motivaciones del individuo se rigen exclusivamente por este principio. Sin embargo, la satisfacción inmediata e incondicional sólo es posible en la etapa más temprana de la vida en que madre e hijo se encuentran fusionados y el mundo exterior prácticamente no existe, excepto como sinónimo de “madre gratificadora”. Pero desde el momento en que dicha fusión empieza a disolverse, irrumpe una realidad que es totalmente ajena a los deseos y necesidades del individuo en formación, quien para sobrevivir ahora tendrá que aprender a *esperar*, e incluso a esforzarse por obtener lo que quiere.<sup>55</sup>

El *principio de realidad* se contrapone al egoísmo primario; implica el ingreso a un mundo que no está diseñado para proveer bienestar al ser humano. La adaptación a la realidad exterior significa ser capaz de tolerar la frustración, reemplazando inevitablemente el principio de placer por el de realidad. La capacidad de retardar la descarga pulsional es el factor desencadenante de ciertas transformaciones en el mundo intrapsíquico que hacen posible la conciencia de la realidad, la moralidad, el trabajo, y por lo tanto la cultura.<sup>56</sup>

La naturaleza (humana) no es lo que se halla en la base del principio de realidad; es un mundo que se encuentra en nuestras entrañas y que nos determina, pero que debe ser aplacado a toda costa. La libertad de los impulsos queda atrás como una fantasía que ha de ser superada, más no aniquilada; es decir, el hombre sigue siendo en esencia “deseante”, pero descubre que una supervivencia más duradera y estable sólo podrá obtenerse poniendo como prioridad la *seguridad*. El principio de realidad es condición de posibilidad para la emergencia del *yo consciente*, así como de la racionalidad. No representa el fin del deseo (de ningún modo suprime al principio de placer), pero sí convierte a la psique en algo mucho más complejo, generando nuevas necesidades y más sofisticados anhelos (exclusivamente humanos), pues el desarrollo del *yo racional y consciente* permite al hombre prever a futuro.

---

<sup>55</sup> Freud, *El yo y el ello*

<sup>56</sup> Freud, *El malestar en la cultura*

Al abandonar el mundo infantil de la inmediatez, el sujeto debe invertir su energía en la producción y conservación de objetos satisfactorios, para lo cual se requiere una división organizada del trabajo y una eficacia imposible de lograr por un individuo aislado. La necesidad del trabajo organizado señala una característica importante del hombre: como animal gregario, depende de los demás miembros de su especie para sobrevivir. Según Bataille, el trabajo implica que el presente se sacrifique por el futuro, lo cual constituye el fundamento freudiano del principio de realidad. La sociedad ofrece al individuo una cierta seguridad y protección, pero a cambio del sacrificio de sus pulsiones. Tal es el origen de la cultura.<sup>57</sup>

¿Pero a qué nos referimos exactamente con el término *cultura*? Para Freud, éste designa “la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí.”<sup>58</sup> A través de sus normas, organizaciones e instituciones, la cultura vela por su propia estabilidad defendiéndose de los embates del egoísmo humano. “Cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización.”<sup>59</sup>

A pesar de que la sociedad occidental promueve la racionalidad, los instintos son más poderosos que los intereses racionales. Debido precisamente a la magnitud de la fuerza pulsional del hombre, la cultura se ve obligada a realizar esfuerzos para poner barreras y límites. “En el animal, el placer está vinculado al gasto excesivo de energía –o de violencia–; en el hombre, a la transgresión de la ley que se opone a la violencia y le impone ciertas barreras.”<sup>60</sup>

Freud se pregunta si sería posible reconquistar la armonía atenuando las exigencias culturales. Sin embargo, él mismo responde que, a pesar de que la cultura es la responsable de gran parte de la infelicidad individual, no podemos negar que todos los recursos que nos ayudan a defendernos de las amenazas –tanto de la naturaleza como de nuestros semejantes– proceden precisamente de la cultura. Desde esta tesis, la evolución individual se nos

---

<sup>57</sup> Freud emplea los términos “cultura” y “civilización” como sinónimos.

<sup>58</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.33

<sup>59</sup> Freud, *El porvenir de una ilusión*, p.143

<sup>60</sup> Bataille, G. *La oscuridad no miente*, p.20

presenta como el producto de la interferencia entre dos tendencias: la aspiración egoísta a la felicidad y el anhelo de fundirse con los demás en una comunidad.<sup>61</sup> “Por lo tanto, la ‘historia de la civilización’ se puede leer, a la luz del psicoanálisis, como algo que se disputa en la frontera del ‘principio de realidad’ y el ‘principio de placer’.”<sup>62</sup> Es el inexorable conflicto entre la *Ananke*<sup>63</sup> y el libre desarrollo instintivo.

La cultura implica, entonces, principio de realidad y éste conlleva la instauración de los límites al egoísmo primario del individuo a partir de la presencia de un *otro*, materializado en los semejantes, la sociedad en su conjunto, la moralidad y las instituciones. Es decir, el principio de realidad es indispensable para la socialización. Pero lo anterior no significa que la socialización y la cultura se deriven *únicamente* del principio de realidad o de la represión de los impulsos. ¿Cuál es la fuerza originaria que sustenta a la cultura? ¿No puede la cultura estar ligada en cierta forma también al principio de placer? ¿La cultura es represión o fuerza vital? Para intentar responder a estas preguntas es necesario exponer brevemente los diferentes destinos a los que puede dirigirse una pulsión.

### II.3. Los destinos de la pulsión

Por medio del psicoanálisis, Freud intenta discernir en los destinos de la pulsión lo decisivo entre la salud mental o la enfermedad. En circunstancia de libertad, la alternativa más natural es la descarga directa de la energía, obteniendo satisfacción al aliviarse la tensión. Sin embargo, la cultura no podría sostenerse si hubiera una completa libertad pulsional, por lo que se hace necesaria la existencia de mecanismos de control de los impulsos humanos.

Las pulsiones tienen que ser inhibidas, guiadas hacia otras metas u objetos, o volverse sobre la propia persona, para que el individuo pueda estar “en paz” con la sociedad. Estos mecanismos trabajan a favor de la cultura pero en contra del bienestar personal. Por ejemplo, la vuelta de una pulsión sobre la propia persona, como sucede con la

---

<sup>61</sup> Freud, *El malestar en la cultura*

<sup>62</sup> Assoun, P.L. *Freud y las ciencias sociales*, p.45

<sup>63</sup> (la necesidad)

depresión, puede ser totalmente inocua para la sociedad, mientras que al individuo le produce un estado de enfermedad. Y en el ámbito de la sexualidad, la inhibición o sofocación pulsional, producida por una represión externa por parte de las instituciones, es la causa de diversos modos de contracción de neurosis.

Al proceso de guiar las pulsiones hacia otras metas (la creación de nuevos canales de descarga a partir de la energía acumulada), se le conoce como *desplazamiento*, y éste es posible gracias a la capacidad que tienen las fuerzas de variar sus direcciones y objetos, esto es, de *sustituir* sus satisfactores primarios y originales cuando estos no son asequibles, por otros que sí lo son. Pero aunque se sustituyan los objetos, la fuente y la finalidad de las pulsiones siguen siendo las mismas.<sup>64</sup> El desplazamiento re canaliza la energía original de los impulsos frustrados en nuevas direcciones y objetos para descargarla a través de vías indirectas. La elección de los objetos sustitutos y las actividades subsecuentes se encuentran determinadas por ciertos factores que contribuyen a encauzar la energía hacia metas más “útiles” o aceptadas por la sociedad. La influencia del aprendizaje, el grado de semejanza entre el objeto original y su sustituto, y la asequibilidad de éste último, son los principales determinantes de las direcciones de los desplazamientos. Gracias a este mecanismo adaptativo es posible comprender cómo el individuo crea nuevas necesidades a partir de las pulsiones primarias, y diversifica su conducta hacia caminos que favorecen la preservación de la civilización.

### **II.3.1. Represión y neurosis**

Uno de los principales destinos que pueden tener las pulsiones es la *represión*: resultado del conflicto entre el principio de placer y el de realidad. Dicho mecanismo psíquico es condición de posibilidad para la existencia y subsistencia de la civilización, pero al coartar la libre descarga pulsional, favorece la acumulación de la tensión, produciendo *neurosis*. En otras palabras, el principal factor de contracción de neurosis es la *frustración*, y ésta última constituye el signo (negativo) del principio de realidad. Por lo

---

<sup>64</sup> Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*

tanto, la neurosis es el precio que el hombre ha tenido que pagar para poder pertenecer a la cultura.

De acuerdo con Freud, es específicamente la energía sexual la que al estancarse conduce a esta “alteración de los nervios”. La frustración produce su efecto patógeno al impedir la expresión de la libido y someter así al individuo a una prueba: ¿cuánto tiempo será capaz de tolerar este acrecentamiento de la tensión psíquica, y qué caminos seguirá para tramitarla?

La represión es un intento de solución al problema del posible disturbio que la exteriorización del impulso produciría en el entorno. Y cualquier fricción con éste significa incomodidad o incluso angustia para el *yo* que tiende a buscar la homeostasis. Sin embargo, el desgaste psíquico que acompaña a la represión termina siendo mayor que la “tranquilidad” obtenida. Por ello, “es lícito decir que la tarea de dominar una moción tan poderosa como la pulsión sexual por un camino que no sea la satisfacción es tan (grande) que puede requerir todas las fuerzas de un ser humano.”<sup>65</sup> Reprimir evita la angustia que acompañaría a la realización de un deseo considerado inadecuado o prohibido, pero al sofocar tal deseo, éste no se extingue sino que se vuelca hacia el interior del propio individuo causando daño.

De los tipos de sustitución que puede emplear la psique para dirigir la pulsión, veíamos que uno (la vía positiva) es el desplazamiento. Otra clase de sustitución es el mecanismo de la represión. Los fenómenos sustitutivos que emergen a consecuencia de la represión libidinal constituyen lo que Freud describe como “neurosis”, patología concretada en formaciones de *síntoma*, en un intento del psiquismo por “resolver” su conflicto con el mundo exterior. Dado que la mente y el cuerpo están estrechamente vinculados, la neurosis es una alteración psíquica con repercusiones en el cuerpo. El síntoma es la forma que tiene la neurosis de hacerse físicamente presente, como un mecanismo de autoengaño por el cual la libido pretende salir, pero al no encontrar posibilidad de descarga, se convierte en dolor somático. Freud entiende los síntomas como un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual. “Entre el esforzar de la pulsión y la acción contrarrestante de la desautorización sexual se sitúa el recurso a la enfermedad; ésta no da

---

<sup>65</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.173

una solución al conflicto, sino que es un intento de escapar a él mudando las aspiraciones libidinosas en síntomas.”<sup>66</sup>

Para la teoría freudiana, el origen de la represión tiene que ver con la genealogía de la cultura. ¿Y cómo ha llegado la cultura a instituir tal imperativo de represión? Freud responde que lo que hoy constituye una restricción interna o disposición a la represión, fue originalmente una exigencia cultural externa, impuesta por las circunstancias de la época.<sup>67</sup> Esta inhibición de la libido, efecto de la presión ejercida por los reclamos sociales, causa una parálisis, produciendo un proceso inevitable de “interiorización” del hombre: todos los instintos que no tienen desahogo, que se sienten cohibidos por una fuerza (proveniente de la cultura represora), son regresados al interior del individuo.<sup>68</sup> Se desarrolla la neurosis a expensas de una expansión del hombre hacia el exterior, y el individuo se vuelve “tan inepto para la sociedad como la misma satisfacción inalterada de aquellas pulsiones que se sofocaron.”<sup>69</sup>

Entonces, si la represión implica un desgaste de fuerza y paraliza la acción, la neurosis es una condición que merma la productividad humana. El empobrecimiento interior y el derroche de energía son contrarios a la creación de cultura. La neurosis “sabe arruinar el propósito cultural” y de esta manera promueve el trabajo de las fuerzas anímicas sofocadas enemigas de la cultura, de suerte que “la sociedad no puede anotarse una ganancia obtenida a costa de sacrificios”, puesto que paga la obediencia a sus estrictos preceptos con el aumento de la nerviosidad.<sup>70</sup> En palabras de Assoun: “lo que la neurosis certifica es la imposible armonía entre la pulsión y la cultura.”<sup>71</sup>

En términos universales, la cultura se edifica sobre la sofocación de pulsiones. “Cada individuo ha cedido un fragmento de su patrimonio, de la plenitud de sus poderes, de las inclinaciones agresivas y vindicativas de su personalidad; de estos aportes ha nacido el patrimonio cultural común de bienes materiales e ideales.”<sup>72</sup> Bajo el influjo de la moral

---

<sup>66</sup> Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, p.150.

<sup>67</sup> Freud en Assoun, Op. Cit., p.59

<sup>68</sup> Nietzsche, F. *La genealogía de la moral*

<sup>69</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.85

<sup>70</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.180-181.

<sup>71</sup> Assoun, Op. Cit., p.57.

<sup>72</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.168.

judeocristiana que ha permeado el mundo occidental, el desarrollo cultural ha implicado una renuncia progresiva de la satisfacción pulsional, al tiempo que ha instaurado dicha renuncia como un *bien*. Y quien, “a consecuencia de su indoblegable constitución, no pueda acompañar esa sofocación de lo pulsional enfrentará a la sociedad como ‘criminal’.”<sup>73</sup>

La cultura, que promueve la acción “buena” sin importarle los auténticos motivos subyacentes a la acción, ha conseguido que un gran número de individuos deje de obedecer a su propia naturaleza. “Alentada por ese éxito, se vio llevada a imprimir la máxima tensión posible a los requerimientos éticos, y forzó en sus miembros un distanciamiento todavía mayor respecto de su disposición pulsional.”<sup>74</sup> Freud afirma que quien no vive de acuerdo con sus inclinaciones pulsionales es un hipócrita, aunque no sea consciente de ese déficit consigo mismo. Según Freud, nuestra cultura está edificada sobre esa hipocresía y tendría que admitir profundas modificaciones en caso de que los individuos se propusieran vivir de acuerdo con una honestidad psicológica. “Existen muchísimos más hipócritas de la cultura que hombres realmente cultos”<sup>75</sup> –dice Freud- y se pregunta si nuestra moral sexual “cultural” merece el sacrificio que nos impone.<sup>76</sup>

### II.3.2. La sublimación

Dentro de los diferentes destinos hacia donde pueden dirigirse las pulsiones, la represión es la alternativa negativa y pasiva. Pero -además de la descarga directa del impulso, que procura la satisfacción más completa- habíamos señalado ya una vía positiva para canalizar la energía pulsional, y ésta era el *desplazamiento*. La principal forma de desplazamiento es la *sublimación*, concepto que nos abre una puerta hacia nuevas posibilidades para el ser humano y cuyo origen lo encontramos en la noción tradicional de “lo sublime” como impulso (moral y estético) de perfeccionamiento; metamorfosis del alma; proceso interior de la cultura que conlleva la construcción y transformación de la

---

<sup>73</sup> Íbid

<sup>74</sup> Freud, *De guerra y muerte*, p.285.

<sup>75</sup> Íbid, p.286

<sup>76</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.181

naturaleza del hombre hacia la superación de sí misma; fuerza sensible que nos trasciende y al mismo tiempo nos permite trascender.

¿Pero a qué se refiere el término psicoanalítico de *sublimación*? De acuerdo con el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, la sublimación es un *proceso* postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallan su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados. “Sublimación” evoca a la vez la palabra *sublime*, utilizada para designar la elevación humana a través de sus producciones “grandiosas”, y la palabra *sublimación* empleada en química para referirse al proceso que hace pasar directamente un cuerpo del estado sólido al gaseoso. Es decir, el tránsito hacia lo *etéreo*.

Sin embargo, no existe una verdadera metapsicología para la sublimación, que en 1915 Freud menciona como uno de los destinos posibles de la pulsión, pero cuyo concepto permanece vago, un tanto inacabado. Desde el punto de vista técnico, la sublimación es uno de los mecanismos de defensa (que utiliza la psique para “defenderse” de la presión, tanto del *ello* como del mundo externo). Pero no puede reducirse a un simple mecanismo, pues es un fenómeno complejo que forma parte de la teoría de la libido, fundamento de la teoría freudiana.

Considerando que para el psicoanálisis lo que se encuentra en la base del funcionamiento humano es precisamente la libido: energía (psíquica) móvil y cambiante, susceptible de estancamiento o avance, ¿qué es lo que ocurre en el proceso de sublimación? Según Freud, la sublimación consiste en el *desplazamiento* de un monto de libido hacia un nuevo fin, distinto del originario. Lo que ocurre es, por una parte, la desexualización de los fines de la pulsión sexual, y por otra, su socialización.

El concepto de *sublimación* es clave para establecer un vínculo entre el psicoanálisis y la teoría de la cultura. Sin embargo, ya vimos que la *represión* también lo es. Entonces, ¿la cultura nace de la represión o de la sublimación? ¿Estos dos posibles destinos para la pulsión son excluyentes o están relacionados de alguna manera? En otras palabras, ¿es la



sublimación un proceso ligado a la represión y posibilitado por ella o acontece por otra vía? Evidentemente, la concepción de la cultura cambia radicalmente si consideramos a uno o al otro (represión o sublimación) como su fundamento único.

En *Introducción al psicoanálisis*, Freud afirma que la supervivencia de la cultura depende de la sublimación de la sexualidad:

“La civilización ha sido construida bajo la presión de la lucha por la existencia, con sacrificios en la satisfacción de los impulsos primitivos, y siempre se recrea en gran parte, cuando cada individuo, al unirse sucesivamente a la comunidad, repite el sacrificio de sus placeres instintivos por el bien común. Lo sexual está entre las fuerzas más importantes de los instintos así utilizados. De este modo se subliman, es decir, su energía se desvía de su meta sexual y se dirige hacia otros fines, ya no sexuales y socialmente más valiosos.”<sup>77</sup>

En el pasaje anterior, Freud deja ver claramente que la sublimación *implica* represión, o bien, que la segunda es condición para la primera, al hablar del sacrificio de impulsos como preámbulo para sublimar. Si una pulsión tiene la posibilidad de ser espontáneamente descargada hacia afuera y por lo tanto procurar al individuo una satisfacción directa (si el *deseo* sexual se traduce en *acto* sexual), de ninguna manera requerirá del desvío que representa la sublimación (la pulsión que conduce a la *satisfacción* ya *no* ha de dirigirse a la creación de otra cosa: obra artística, lazo amistoso, etc.). En *El malestar en la cultura*, Freud describe la sublimación como una fuente de obtención indirecta de placer, fenómeno alternativo a la frustración total por la demora impuesta. Entonces, la satisfacción lograda a través de la sublimación nunca es completa. Por otro lado, vemos en el mismo pasaje el planteamiento de la sublimación como un cambio de meta de la pulsión sexual (*desplazamiento*), descripción que ya aparece desde 1908 en otros escritos freudianos:

En *El carácter y el erotismo anal*, Freud señala cómo de las numerosas pulsiones parciales de la infancia “(...) sólo una parte de ellas favorece a la vida sexual; otra es desviada de las metas sexuales y vuelta a metas diversas, proceso este que merece el

---

<sup>77</sup> Freud, *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, p.284.

nombre de ‘sublimación’.”<sup>78</sup> Dicha idea se repite en las *Cinco conferencias* pronunciadas en la Clark University (1909), mostrando cómo una moción de deseo liberada a través del psicoanálisis podría dirigirse “(...) hacia una meta superior y por eso exenta de objeción (lo que se llama su *sublimación*).”<sup>79</sup> Algo similar señala en *Sobre Psicoanálisis* (1913): “La pulsión sexual posee en alto grado la capacidad de ser apartada de sus metas sexuales directas y dirigida hacia metas más altas, de índole ya no sexual.”<sup>80</sup>

El cambio en la meta de la pulsión es condición de posibilidad para la *acción cultural*. Ya desde 1905, Freud señala en *Tres ensayos sobre una teoría sexual* que “mediante esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de *sublimación*), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales.”<sup>81</sup> Y en *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna* (1908): “La pulsión sexual pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama la facultad para la sublimación.”<sup>82</sup>

Desde esta perspectiva, la cultura consiste virtualmente en sublimaciones. Freud no sólo considera como sublimaciones de la energía sexual las operaciones mentales más elevadas (las actividades científicas, artísticas e ideológicas), sino también la menos elevada pero más fundamental actividad del trabajo. Los vínculos emocionales que crean la unidad entre los miembros individuales de una cultura, así como las estructuras de carácter individual y social, son también efectos de la sublimación.<sup>83</sup> No obstante, el concepto de sublimación no es muy preciso y refleja las ambigüedades de la relación entre el hombre y la sociedad. Se trata del tema del hombre como ser social, creador (de lazos afectivos y obras culturales), en un cuerpo biológico, sede de instintos. “El concepto de sublimación es

---

<sup>78</sup> Freud, *El carácter y el erotismo anal*, p.154

<sup>79</sup> Freud, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, p.24

<sup>80</sup> Freud, *Sobre psicoanálisis*, p.213-214.

<sup>81</sup> Freud, *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. Vol. VII, p.161

<sup>82</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.168

<sup>83</sup> Brown, *Eros y Tanatos: el sentido psicoanalítico de la historia*, p.163

en esencia un intento por relacionar los niveles orgánico y superorgánico, como parte del esfuerzo general del psicoanálisis por encontrar de nuevo el animal en el hombre y acabar con la guerra entre el cuerpo y el alma.”<sup>84</sup>

Dado que lo *sublime* es lo elevado, la noción de sublimación suele remitirnos al ámbito del espíritu, de lo que trasciende la animalidad. Sin embargo, es importante señalar que la sublimación tiene su origen en el cuerpo físico; en el mundo de los impulsos y pasiones, siendo su fuente la sexualidad. Es lo biológico *transformado* en cultural-espiritual, a la manera en que un sólido se *sublima* en gas.

El concepto de sublimación es un intento de explicar la relación alma-cuerpo, pero también la relación individuo-sociedad. En este proceso de transformación de la pulsión y desviación de su meta, Freud señala en *El malestar en la cultura* que la sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo civilizatorio, que posibilita el desempeño sustantivo de actividades consideradas superiores, pues es la cultura la que marca la pauta de cuáles vías son adecuadas para descargar las pulsiones. Entonces, “si cediéramos a la primera impresión –apunta Freud-, estaríamos tentados a decir que la sublimación es, en principio, un destino de pulsión impuesto por la cultura.”<sup>85</sup> De acuerdo con la tesis principal de Freud, si al final de cuentas la represión es condición para la cultura, ésta última siempre traerá consigo malestar para el hombre. Y aunque la sublimación esté planteada como la alternativa positiva dentro de los posibles destinos para la pulsión, ¿puede ella conducir a una verdadera liberación del hombre? El mismo Freud expresa la necesidad de meditar más en torno a la cuestión de lo que la sublimación significa, pues la situación no es tan simple: “A veces creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos.”<sup>86</sup> En otras palabras, quizá Freud deseaba encontrar un *más allá* de la represión para no tener que explicar el fenómeno de la sublimación a partir de algo “negativo”, sino a partir de sí mismo como acción espontánea. Habría que ver si no cabe *en el interior de los propios hallazgos freudianos* encontrar que la sublimación pueda adquirir una mayor

---

<sup>84</sup> *Ibid*, p.165

<sup>85</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.41

<sup>86</sup> *Ibid*, p.48

relevancia (más allá del campo del arte) y ser vista como la fuente efectiva de creación cultural.<sup>87</sup>

El psicoanálisis freudiano parece indicar que la sublimación no se refiere únicamente a una desviación de la pulsión con respecto a su meta, sino a una *transformación* de la misma. La sublimación puede concebirse como aquella energía sexual, que al transformarse, se pone al servicio de la obra cultural. ¿Pero en qué se convierte la pulsión sexual? Quizás esta pregunta no la alcanzó a responder Freud de manera satisfactoria. En algunos fragmentos nuestro autor presenta la sublimación como una “salida”: “La sublimación es una salida, un modo por el cual las exigencias del ego pueden manifestarse sin implicar la represión.”<sup>88</sup> Describe incluso la sublimación, no como un sacrificio del placer impuesto por una realidad hostil, sino como una fuente de placer estable ganada de una realidad hostil: “La tarea es entonces transferir las finalidades de los instintos en direcciones tales que no puedan ser frustrados por el mundo externo. La sublimación de los instintos presta una ayuda en esto.”<sup>89</sup> Lo que trata de plantear aquí Freud es la posibilidad de *elegir* desviar un impulso antes de verse obligado a reprimirlo. Esto implicaría nuevamente la tesis de la sublimación como un recurso que opera por un camino diferente que el de la represión y que ha de realizarse como un esfuerzo consciente, en pos de la auténtica creación y por lo tanto liberación humana.

---

<sup>87</sup> González, J. *El malestar en la moral*

<sup>88</sup> Freud en Brown, Op. Cit, p.167

<sup>89</sup> *Íbid*

## Sublimación y cultura

### III. 1. Eros y socialización

La tesis de la posibilidad de la sublimación “más allá” de la represión sin duda abre nuevos horizontes en el panorama de la filosofía psicoanalítica de la cultura, precisamente en lo que se refiere al proceso sublimatorio como factor de socialización; es decir, el factor que promueve la tendencia a formar lazos afectivos, de donde nace la comunidad humana. Apoyaremos dicha tesis a través de ciertos textos freudianos de la última etapa y la interpretación de autores como Herbert Marcuse, cuyo planteamiento conjuga la teoría freudiana con el marxismo, y Juliana González con una visión esencialmente platónica de la antropología psicoanalítica.

Para hablar de “socialización”, necesitamos plantear y entender el problema del origen de la civilización desde el nivel más básico y originario, partiendo de la teoría freudiana de la pulsión. Pero quizás haya que buscar en la génesis del hombre “civilizado” un factor previo al de la represión.

En la obra *De guerra y muerte* (1915) surge el concepto de “pulsiones sociales”: una especie de puente entre el aparato instintivo amoral y los requerimientos de la sociedad. Como parte del proceso evolutivo del hombre –asevera Freud- tanto a nivel ontogenético como filogenético, las pulsiones han de sufrir una gradual transformación con fines adaptativos. La cultura, que constituye el entorno del hombre, exige para estos propósitos una “socialización” de los impulsos: el paso del egoísmo a las pulsiones sociales.<sup>90</sup> Y el origen de las denominadas “pulsiones sociales” está en el componente *erótico* que toda pulsión conlleva, siendo la sexualidad la fuente de la vida.

*Psicología de las masas* (1921) representa un parteaguas para la filosofía freudiana de la cultura, pues en esta obra se desarrolla lo que antes había quedado solamente

---

<sup>90</sup> Freud, *De guerra y muerte*, p.284

esbozado: el planteamiento de la civilización como obra de *Eros* (ya no de la *represión*). Aquí Freud claramente cuestiona su propia tesis de que la lucha por la existencia es *per se* antilibidinosa en tanto que necesita de la reglamentación de los instintos mediante un principio de realidad que tiende al constreñimiento. Nuestro autor sugiere que la libido se apoya a sí misma en el establecimiento de los vínculos necesarios para que el hombre conviva con sus semejantes y forme una sociedad. El principio de placer no es en sí mismo opuesto a la cultura sino que en ciertas circunstancias la puede favorecer. Freud basa su planteamiento en la idea de “alma colectiva” (del sociólogo Le Bon): una entidad homogénea conformada por una masa de individuos unidos por algún fin. Además del fin objetivo perseguido por dicho conjunto de personas, Freud analiza la posibilidad de que exista una “fuerza” o energía que motive a la pertenencia al grupo y mantenga la cohesión de la masa. “¿Y a qué poder resulta factible atribuir tal función si no es al Eros, que mantiene la cohesión de todo lo existente?”<sup>91</sup> Encuentra en Eros la esencia del alma colectiva, pues Eros, siendo energía libidinal, se manifiesta como la necesidad humana de crear lazos afectivos.

En el *Malestar en la cultura* (1929) Freud sostiene que la cultura es un proceso puesto al servicio de *Eros*, “destinado a condensar en una unidad vasta, en la humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones.”<sup>92</sup> La necesidad sola, las ventajas de la comunidad de trabajo, no serían suficientes para mantener la cohesión interhumana. “Estas multitudes de seres humanos deben ser ligados libidinosamente entre sí.”<sup>93</sup> No es un impulso egoísta lo que nos liga a nuestros semejantes, según el Freud de la última etapa, pues ahora vemos que no todas las pulsiones son egoístas y de ahí la existencia de las pulsiones sociales. No obstante, las mismas pulsiones sociales surgen primeramente por la necesidad de sobrevivir en un mundo donde el individuo aislado perecería. Es decir, al igual que todo mecanismo y principio psíquico<sup>94</sup>, las pulsiones de cualquier tipo son adaptativas. Sin embargo, quizás en el proceso evolutivo del psiquismo humano, los impulsos como la camaradería o la solidaridad, si bien se originan de una *necesidad*, se convierten en principios auténticos de renuncia del

---

<sup>91</sup> Freud, *Psicología de las masas*, p.31

<sup>92</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.63

<sup>93</sup> *Íbid*

<sup>94</sup> (el principio de placer, la represión, el principio de realidad, la sublimación)

narcisismo por el bien de los demás. Sólo podemos entender este proceso si nos remitimos al Eros creador de lazos. “Una tal restricción del narcisismo no puede ser provocada sino por un solo factor: por el enlace libidinoso a otras personas. El egoísmo no encuentra un límite más que en el amor a otros... En el desarrollo de la humanidad, como en el del individuo, es el amor lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinando el paso del egoísmo al altruismo.”<sup>95</sup> Eros subyace al amor sexual, con la necesidad -de él derivada- de proteger al objeto de amor, pero también al amor desexualizado: las pulsiones sexuales coartadas en su fin, que no siendo susceptibles de una satisfacción total pueden crear enlaces más duraderos. Este es el amor sublimado, que puede observarse en relaciones paterno-filiales o de compañerismo y amistad. Las formaciones colectivas que estructuran nuestra sociedad, como el trabajo común, se apoyan en energía libidinal coartada en su fin.<sup>96</sup> Como fuerza vital que se traduce en impulso sublimador, Eros cubre la realidad con relaciones que transforman al individuo y su medio ambiente.

Marcuse interpreta la teoría freudiana haciendo énfasis en la idea de sublimación como *afirmación* (y no negación) pulsional, pero en un proceso supraindividual. No podemos hablar de una auténtica liberación de la libido como fenómeno individual; Eros acerca a los individuos entre sí para que juntos construyan cultura, pues en el aislamiento no es posible la verdadera sublimación creadora.<sup>97</sup> De acuerdo con la interpretación de Marcuse, la libido puede tomar el camino de la sublimación sólo como un fenómeno social: como una fuerza no reprimida puede promover la formación de la cultura únicamente bajo condiciones que relacionan a individuos entre sí en el cultivo del medio ambiente. Marcuse apuesta por una reactivación de la sexualidad infantil “perversa”, misma que podría dejar de representar una amenaza para la estabilidad de la civilización y, por el contrario, conducir a la construcción de la cultura. La misma categoría de perversión perdería su razón de ser y en su lugar hablaríamos de sexualidad no regulada, desenfrenada, libre. Sin embargo, Marcuse se pregunta si las pulsiones sexuales, “después de la eliminación de toda la represión excedente, pueden desarrollar una ‘razón libidinal’

---

<sup>95</sup> Freud, *Psicología de las masas*, p.61

<sup>96</sup> *Íbid*

<sup>97</sup> Marcuse, *Eros y civilización*

que no sólo sea compatible sino que inclusive promueva el progreso hacia formas más altas de libertad civilizada.”<sup>98</sup> La sublimación de las pulsiones sexuales significa que la sexualidad puede llegar a crear relaciones humanas civilizadas sin estar sujeta a la organización represiva que la cultura establecida ha impuesto sobre las pulsiones. Este proceso llevaría a la restauración de la estructura original de la sexualidad, rompiendo con la primacía de la función genital para devolver al cuerpo entero su erotismo.

Para Marcuse, el poder constructor de cultura de *Eros* es la sublimación no represiva<sup>99</sup>: la sexualidad libre y creadora de lazos sociales, que busca la felicidad ya no individual sino en comunión con los demás. Se trata de la concepción marxista de libertad, pero ligada al erotismo. A la luz de la idea de una sublimación no represiva, la definición freudiana de *Eros* como lucha por “formar la sustancia viva dentro de unidades cada vez más grandes, para que la vida pueda ser prolongada y llevada a un desarrollo más alto” alcanza un nuevo significado. El impulso biológico se transforma en impulso cultural.<sup>100</sup>

Marcuse propone una filosofía estética con el panorama de un orden no represivo en el que el mundo subjetivo y el objetivo, el hombre y la naturaleza, estén en armonía. Un orden no represivo sería un orden natural y, por tanto, de *abundancia*<sup>101</sup> y sólo éste puede ser compatible con la libertad. El campo de la libertad está *más allá* del de la necesidad: “la libertad no está dentro sino fuera de la lucha por la existencia. La posesión y el abastecimiento de las necesidades de la vida son el prerequisite, antes que el contenido, de una sociedad libre.”<sup>102</sup>

### **III.2. La sublimación como proceso transformador**

Para entender el concepto de sublimación en el sentido de proceso *transformador*, hay que señalar la diferencia esencial que existe entre la libido “pura” y la libido sublimada.

---

<sup>98</sup> *Íbid*, p.186

<sup>99</sup> El concepto de sublimación no represiva será ampliado más adelante en este capítulo

<sup>100</sup> *Íbid*

<sup>101</sup> Siguiendo a Marx, puesto que la naturaleza es generosa, sin la existencia de instituciones corruptas no tendría por qué faltarle nada a nadie.

<sup>102</sup> Marcuse, Op. Cit., p.183



Esta diferencia es la que expresa precisamente esa cualidad propia de la transformación cultural humana por la cual algo “natural” pasa al orden “espiritual” (relativo al sentido de la vida).<sup>103</sup> En otras palabras, el proceso de transformación es el “salto” de la evolución biológica a la cultural, que mencionamos anteriormente. La sublimación es, en su origen, *Eros* o fuerza vital. Siguiendo a Platón, Juliana González encuentra en el amor el impulso primario, motor de la vida y origen del conocimiento.

### III.2.1. Eros y Ethos

Para Juliana González, la pulsión de vida no es necesariamente un impulso ciego, en búsqueda tan sólo del placer egoísta e inmediato. *Eros* es implícitamente pulsión ética, análoga al instinto de saber o de conocimiento que describiremos más adelante. “Esa psique inconsciente que toca los estratos más profundos de la naturaleza, ese otro yo interior, oculto e inaccesible, no es sólo un reino de fuerzas a-morales o contra-morales, sino que contiene un impulso, una ‘pulsión’ vital hacia lo moral.”<sup>104</sup> Aquí yo apuntaría que no es *Eros*, sino el *Eros sublimado* el que posee esta acción moralizante en el ser humano, por lo que, desde este momento, así denotaremos al *Eros-ético* que describe nuestra autora.

¿Y cuál es entonces el vínculo entre *Eros* y *Ethos*? La clave, según González, está en los conceptos de vinculación, crecimiento y creación, como características de la pulsión de vida, y que remiten a un significado esencialmente ético de la misma. Dentro del proceso de sublimación, *Eros* es “instinto de unión, capacidad de otredad, más allá del narcisista o endogámico movimiento hacia el mero placer o hacia el *tanático* retorno a lo inorgánico.”<sup>105</sup> En el *Eros sublimado* el principio de placer no es egoísta sino que tiene lugar en función del otro y de lo otro. Su deseo es edificar con vistas al futuro; es un “impulso de perfeccionamiento” que caracteriza a la ética como fuerza vital de superación de la mera existencia inmediata. El *Eros sublimado* es pulsión que constituye el ser del hombre, pero como fuerza que propulsa a la trascendencia y permite su *transformación*, liberándolo de su condición puramente biológica, animal.

---

<sup>103</sup> González, J. Op. Cit.

<sup>104</sup> González, J. *El ethos, destino del hombre*, p.146

<sup>105</sup> *Ibid*, p.147

La moralidad no es, en este sentido, represión de la naturaleza<sup>106</sup>; es encuentro con ella, en tanto que pulsión de vida. “¿Por qué no –pregunta González- habría de ser la moralidad (como lo es el arte) una transformación y ‘desexualización’ de la libido, no por coerción y represión sino por genuina *póiesis* o acción creadora que el hombre ejerce sobre sí mismo?”<sup>107</sup>

La verdadera moralidad, lejos de ser coerción, es originalmente Eros en cuanto impulso de integración, que a través del lazo de unión con el otro y lo otro, nos vincula con nosotros mismos. El *Eros sublimado* produce la conciliación de las partes en conflicto dentro del sujeto fragmentado. La renovación de la vida ética apunta hacia esta unificación interna del psiquismo y la potencialización de las fuerzas de la vida; “hacia la promoción de lo sublime desde el fondo mismo del deseo.”<sup>108</sup> Es un despertar al propio interior y al mismo tiempo la capacidad de incorporar al otro y lo otro. *Eros* es la fuerza de individualización y a la vez de universalización (como lo apolíneo y dionisiaco nietzscheano) de la propia vida; es instinto y cultura al mismo tiempo; egoísmo y pertenencia a la comunidad humana. Y en este mundo de contrarios, la misma dualidad *Eros-Tánatos* produce una tensión que se halla en la base de la moralidad. Esta lucha permanente entre fuerzas opuestas puede significar desgaste y neurosis, o bien, posibilidad de cambio y *construcción de algo distinto* bajo la acción de un *Eros* sublimado.

La moral auténtica, de donde ha de nacer el genuino sentido ético de la vida, no es un *pathos* ajeno a la naturaleza, sino integrado a ella. Ontológicamente, la moral es *sobre-natura*, pero no *anti*, ni *extra-natura*. Se construye no sólo reprimiendo pulsiones, sino también transformándolas creadoramente, sublimando la libido en una acción que produce mutación del propio psiquismo y de la forma de ser del hombre, de su estructura interior. Es la acción de la cultura sobre la naturaleza.<sup>109</sup>

La condición ética se deriva de la contradicción inherente a la naturaleza humana; del conflicto, no como ruptura, sino por el contrario, como movimiento hacia la búsqueda

---

<sup>106</sup> Las desviaciones de la ética (por ejemplo, la moral judeocristiana) son las que la han acercado a la pulsión de muerte en el sentido de un “no” al placer.

<sup>107</sup> González, J. *El malestar en la moral*, p.153

<sup>108</sup> Ricoeur en González, *El ethos, destino del hombre*, p. 148

<sup>109</sup> González, *El malestar en la moral*

de armonía. Por lo tanto, podemos decir que lo ético *es* la propia condición humana. Y si la moralidad tiene lugar gracias a la sublimación de *Eros*, entonces la posibilidad de sublimar también es intrínseca al hombre. “Sólo concebida como sublimación, la moral dejaría de ser opuesta a la libido y podrían verse ambas cooperando en el cumplimiento vital, en la felicidad y en la verdadera humanización del hombre... Sólo como sublimación se puede dar la posibilidad de una nueva ‘moral sexual’ (o ‘moral vital’): aquella que explica cómo el individuo -reconciliado con su sexualidad y con su cuerpo- puede ser un sujeto más auténtico de moralidad.”<sup>110</sup> Se trata de promover la elevación del hombre hasta la *sublimación ética de la libido*, como “virtud”.

Si la *Ananke* fuera el medio propulsor del desarrollo libidinal, la contradicción entre pulsión y *Ananke* se disolvería. Marcuse apuesta por una conciliación entre placer y realidad, que para González nos lleva a la conciliación entre *Eros* y moralidad, de manera que ésta última no sólo no cancelara la posibilidad de la libertad, sino que inclusive constituyera un punto de apoyo para la gratificación instintiva.

### III.2.2. Eros y el *Wissentrieb*

Recordemos que para Platón existe un *anhelo* de conocimiento y que éste es precisamente el que se halla detrás de la filosofía. Un anhelo que se traduce en búsqueda activa. Por su parte, Freud plantea la existencia de un *Wissentrieb*: pulsión o impulso (*Trieb*) de saber. En *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*, nuestro autor describe este impulso como una inquietud innata que proviene de *Eros* y es propiamente libido transformada, sublimada. “Y en Leonardo parece haber sido efectivamente así. Sus afectos eran domeñados, sometidos a la pulsión de investigar... En realidad, Leonardo no era desapasionado; no estaba desprovisto de la chispa divina, que de manera mediata o inmediata es la fuerza pulsionante –*il primo motore*- de todo obrar humano. No había hecho sino mudar la pasión en esfuerzo de saber.”<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> Íbid, p.154

<sup>111</sup> Freud, *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*, p. 69-70

Podemos encontrar en la teoría freudiana un vínculo entre *saber* y *sexualidad*, pues según Freud, la primera inquietud es la curiosidad de tipo sexual que se presenta en la infancia temprana y que se manifiesta en la tendencia a preguntar acerca del origen y el porqué de las cosas que ocurren: ¿Por qué las niñas son diferentes de los niños? ¿De dónde vienen los bebés? En “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908) Freud señala: “...la pregunta misma, como todo investigar, es un producto del apremio de la vida... Supongamos no obstante que el pensar del niño se emancipe pronto de su incitación y prosiga su trabajo como una pulsión autónoma de investigar.”<sup>112</sup> Es decir, que este interés se independiza del fin práctico del cual surge, para dirigirse al conocimiento del mundo en general.

Freud sostiene que bajo la tendencia al cuestionamiento –en la que descansa todo filosofar humano- siempre está enmascarada la inquietud de la sexualidad, que se refleja no sólo en interrogaciones verbales, sino en actitudes y conductas (tendientes a la búsqueda, tanto de conocimiento como de experiencias). En el historial del pequeño Hans (1909)<sup>113</sup>, Freud deja ver que el apetito de saber y la curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí. La libido es una pulsión tan fuerte y determinante que dirige la vida y se experimenta como un deseo de *sentir* y de *saber* al mismo tiempo. Cuerpo y alma se hallan entrelazados, por lo cual el principio de placer no gobierna únicamente al cuerpo; la mente también *goza*, y lo hace a través del “alimento intelectual”.

Sin embargo, el placer corporal y la curiosidad sexual, espontáneos en la infancia, han de ser reprimidos, o bien, *sublimados*: convertidos en otra cosa, produciendo como resultado un verdadero espíritu científico-artístico y amor al conocimiento. El espíritu científico-artístico se originó en Leonardo Da Vinci como “un quehacer infantil del apetito de saber al servicio de intereses sexuales” y se consiguió “sublimar la mayor parte de su libido como esfuerzo de investigar.”<sup>114</sup> Cuando la libido escapa al destino de la represión, se sublima en un apetito de saber y se suma como refuerzo a la vigorosa pulsión de

---

<sup>112</sup> Freud, *Sobre las teorías sexuales infantiles*, p. 190

<sup>113</sup> Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*.

<sup>114</sup> Freud, *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*, p.75

investigar. “El investigar deviene en cierta medida compulsión y sustituto del quehacer sexual”.<sup>115</sup>

El *Wissentrieb* está implantado en la naturaleza más propia del hombre y su ejercicio satisface la pulsión de vida. La hermenéutica psicoanalítica revela las fuerzas originarias, primitivas, que subyacen a la creación sublime vista como *lo elevado o espiritual*. Juliana González señala que la sublimación psíquica, como la química, no destruye la sustancia originaria sino sólo la “purifica” o “sublima”: no elimina el contenido carnal, sexual, de la pasión.<sup>116</sup> Regresamos a la ineludible conexión entre lo biológico y lo psíquico; vínculo que no desaparece jamás. El hombre trasciende su mera condición biológica (al mirar más allá) pero no deja ser determinado por ella, pues nuestro cuerpo físico –movido por pulsiones inconscientes- *afecta* a nuestro *ser intelectual* de múltiples formas. Podemos sublimar pero no dejamos de ser pulsionales, pues la misma sublimación implica un *impulso*: de conocer, de investigar, de crear, de vincularse afectivamente. Esta dialéctica humana entre la determinación puramente biológica y el impulso cultural-espiritual nos conduce al tema del trabajo.

### III.2.3. El trabajo: ¿enajenación o creación?

Partiendo de la tradicional dualidad “libertad-necesidad” para tratar de describir los tipos de actividad humana, afirmamos que el hombre, como ser biológico, está determinado por las demandas de su propio cuerpo, pero como ente cultural, es *potencialmente* libre. El hombre no puede dejar de satisfacer a su cuerpo para sobrevivir; por lo tanto, todas las acciones que realice para este fin, pertenecen al reino de la *necesidad*. Pero veíamos que la pulsión de vida no se agota en la mera autoconservación (ni en la pura sexualidad), sino que deriva también en otro tipo de impulsos (intelectuales, creativos) que impelen al hombre a buscar una gratificación en actividades que no tienen nada que ver con la supervivencia (ni con la sexualidad). El conocimiento puede ser buscado como un fin en sí mismo, y la auténtica obra de arte, en esencia, constituye un fin en sí mismo para su creador.

---

<sup>115</sup> Íbid

<sup>116</sup> González, *EL malestar en la moral*, p.146

En su origen, el *trabajo* es concebido como cualquier acción transformadora de la naturaleza que permita al hombre obtener los recursos necesarios para la vida. Es decir, primeramente está ligado a la necesidad y por lo tanto es un medio. ¿Es entonces el principio de realidad el que hace posible el trabajo?

De acuerdo con la interpretación que hace Marcuse de la teoría psicoanalítica de la cultura, el *trabajo organizado* proviene directamente de *Eros* (antes que del principio de realidad), que como impulso vital, es modificado sin desviarse de sus aspiraciones, asociando a los individuos en “unidades más grandes”. Hay sublimación y, consecuentemente, cultura, dentro de un sistema de relaciones libidinales duraderas y en expansión, que son en sí mismas relaciones de trabajo. Freud señala que entre los camaradas trabajadores se forman lazos libidinales (de colaboración) que prolongan y solidifican las relaciones entre ellos hasta un punto que está más allá del de la ganancia.<sup>117</sup> El trabajo da oportunidad para una descarga “muy considerable de impulsos de componente libidinal, narcisistas, agresivos e incluso eróticos.”<sup>118</sup>

Sin embargo, en contra de la tradición filosófica que envuelve al concepto de lo sublime (donde se lo liga siempre a lo libre, elevado y espiritual), Freud en cierto momento plantea la existencia de una sublimación de tipo *represiva*, y la distingue de la *no represiva*, con base en la diferenciación de los tipos de trabajo: manual y mental<sup>119</sup>. La sublimación represiva se refiere al proceso de canalizar la libido hacia actividades que representan una ganancia para la sociedad, mas no un placer individual: el trabajo físico, manual, que les corresponde realizar a las grandes masas. Éstas últimas, “indolentes y faltas de inteligencia, no aman la renuncia de lo pulsional”<sup>120</sup> y tienen que ser obligadas a la sublimación *necesaria* del trabajo manual. En cambio, la sublimación no represiva se ejemplifica con el trabajo mental “superior”, tal como la ciencia y el arte, y es accesible sólo a una élite. Freud sugiere que el trabajo puede ser una fuente de satisfacción libidinal bajo ciertas circunstancias, “cuando ha sido elegido por libre elección, es decir, cuando a través de la

---

<sup>117</sup> Freud, *Psicología de las masas*

<sup>118</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.83

<sup>119</sup> Freud (“El porvenir de una ilusión” y “Conferencias de introducción al psicoanálisis”) en Brown, Op. Cit.

<sup>120</sup> Freud, *El porvenir de una ilusión*. Amorrortu, Vol. XXI, p.7

sublimación permite desarrollar inclinaciones existentes.”<sup>121</sup> Con respecto al tipo de sublimaciones superiores –por ejemplo, en un artista-, Freud considera la relación entre represión y sublimación ambigua en extremo. En algún momento (1914) llega Freud a aseverar que la represión vendría a ser un obstáculo para la posibilidad de sublimar.<sup>122</sup>

Desde una perspectiva marxista, es el trabajo de tipo manual y mecanizado -cuya condición es la represión y cuyo fin es *producir*-, el que convierte al hombre en un instrumento (del propio trabajo y del producto) y por lo tanto se contrapone a su *ser libre*. El trabajo en este contexto *enajena* al hombre, atándolo a su condición de “esclavo de la necesidad” sin posibilidad de autoafirmación. De acuerdo con Marcuse y siguiendo a Marx, el trabajo por necesidad es el campo de la ausencia de libertad porque en él la existencia humana está determinada por objetivos y funciones que no le son propios y no permiten el libre juego de las facultades y los deseos humanos. El criterio para definir qué es lo óptimo no está basado en la libertad, sino en la utilidad: producir lo más posible en el menor tiempo posible. El trabajo necesario es, según Marcuse, un sistema de actividades esencialmente inhumanas, mecánicas y rutinarias, dentro del cual el hombre no es un fin en sí mismo. Entonces, ¿no es un contrasentido hablar de sublimación represiva? Si ésta última se refiere al trabajo cosificante, ¿acaso la sublimación y la enajenación no son excluyentes? ¿Un hombre convertido en cosa puede albergar procesos de transformación de su propia psique?

Estas preguntas nos regresan al tema del vínculo entre la sublimación y la represión, así como al de las consecuencias de cada uno de dichos procesos psíquicos. Cabe mencionar que aunque el proceso sublimatorio sea posibilitado por la represión, ésta última, en la mayoría de los casos, no va más allá del sofocamiento pulsional (es decir, no desemboca en transformación creativa de la pulsión). Tal es la represión en el sentido fuerte, que se diferencia de la sublimación, entre otras cosas, en el aspecto social. La represión tiende a la neurosis, y ésta última aísla; la sublimación une, construye algo nuevo: una casa, una comunidad, un utensilio, y lo crea en un grupo o para el uso de un grupo.<sup>123</sup> La neurosis implica enajenación, mientras que la sublimación conlleva comunión y cultura.

---

<sup>121</sup> Freud en Brown, Op. Cit., p.165

<sup>122</sup> Freud, *Introducción al narcisismo*

<sup>123</sup> Róheim, *The origin and function of culture*, en Brown, Op. Cit.

En una formación cultural, la actividad -sexual en origen- está socializada y dirigida a la realidad en forma de trabajo.<sup>124</sup> En cambio, en la neurosis la actividad se aparta de lo social e implica una huida de la realidad.

Hay sublimación en el trabajo si el organismo existe, no como un instrumento de enajenación, sino como un sujeto de auto-realización –en otras palabras, “si el trabajo socialmente útil es al mismo tiempo la transparente satisfacción de una necesidad individual. En la sociedad primitiva esta organización del trabajo puede ser inmediata y ‘natural’; en la civilización madura puede ser imaginada sólo como el resultado de la liberación.”<sup>125</sup> Marcuse apuesta por una transformación en las relaciones de trabajo (que forman la base de la civilización) para que éstas puedan ser apoyadas por energía instintiva *no desexualizada*.

Marcuse sostiene que en el trabajo por necesidad, el organismo se convierte en un sujeto productivo (es decir, un objeto socialmente útil) a través de la desexualización del cuerpo. Esto significa que si la energía que requiere el trabajo se redujera al mínimo, una buena dosis de libido sería liberada de manera que sobrepasaría los límites institucionalizados dentro de los que es “encerrada” por el principio de realidad.<sup>126</sup> En las relaciones sociales, la división del trabajo debería de orientarse hacia la gratificación de las necesidades individuales libremente desarrolladas y, paralelamente, en las relaciones libidinales el tabú sobre el uso total del cuerpo habría de debilitarse. Sin ser empleado ya como un instrumento de trabajo de tiempo completo, el cuerpo sería re-sexualizado. El cuerpo en su totalidad volvería a ser, como en la infancia más temprana, un instrumento de placer. ¿Pero cómo sería esto posible? Si entendemos el trabajo como producto de una *transformación* (de la pulsión, o bien, de su meta), ¿cómo podemos hablar de trabajo apoyado por energía instintiva *no desexualizada*?

---

<sup>124</sup> Brown, Op. Cit., p.171

<sup>125</sup> Marcuse, Op. Cit., p. 195

<sup>126</sup> Íbid, p.187



### ***El arte como retorno a la pulsión***

El trabajo creativo por excelencia, producto de la sublimación no represiva, es el arte, que en su forma más pura constituye un fin en sí mismo y por lo tanto se puede decir que refleja lo más auténtico del hombre: sus más íntimos deseos e inclinaciones. La teoría sobre el proceso creativo no fue expuesta por Freud de modo sistemático, sino que se encuentra dispersa en varios de sus trabajos donde aborda el tema del arte y del artista y lo explica en el marco de su teoría pulsional. “Lo cierto es que Freud, en su aproximación a la estética, no fue más allá de la adscripción de la actividad artística a los impulsos libidinales.”<sup>127</sup> El psicoanálisis no ofrece una teoría estética, una comprensión de la génesis de la obra de arte ni un criterio para establecer qué cosa es arte. Sólo trata de entender el arte como un destino más de la pulsión, “una forma más de contener las fuerzas oscuras de la naturaleza”<sup>128</sup>; quizá la forma más originaria de sublimación (puesto que fue asociada desde un principio a la noción de lo sublime).

Freud encuentra en el arte una posible reconciliación del principio de realidad con el de placer. El artista es un hombre que no está conforme con la realidad porque considera muy caro el precio que hay que pagar por adaptarse a ella: la renuncia a la satisfacción pulsional. Entonces, por medio de la fantasía, da rienda suelta a su hedonismo y lo hace sin extraviarse, sino, por el contrario, encontrando el camino de regreso a la realidad. “El psicoanálisis discierne en el ejercicio del arte una actividad que se propone el apaciguamiento de deseos no tramitados.”<sup>129</sup> Lo que hace el artista es plasmar sus fantasías “en un nuevo tipo de realidades efectivas que los hombres reconocen como unas copias valiosas de la realidad objetiva misma. Por esa vía se convierte, en cierto modo, realmente en el héroe, el rey, el creador.”<sup>130</sup> Siendo el arte *representación* de la realidad, constituye una vía para reencontrarse con ella, pero con otras reglas. Se puede decir que el artista adecúa su mundo interno a la realidad en el momento en que lo externa y lo convierte en algo tangible y susceptible de ser valorado por sus semejantes. “Ahora bien, sólo puede lograrlo porque los otros hombres sienten la misma insatisfacción que él con esa renuncia

---

<sup>127</sup> Villagrán Moreno, J.M. “El pensamiento estético en la obra de Freud”

<sup>128</sup> *Ibid*, p.138

<sup>129</sup> Freud, “El interés por la ciencia del arte”, p.189

<sup>130</sup> Freud, *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*, p.229

real exigida, porque esa insatisfacción que resulta de la sustitución del principio de placer por el principio de realidad constituye a su vez un fragmento de la realidad objetiva misma.”<sup>131</sup>

El arte puede verse como reconciliación con la realidad y al mismo tiempo como retorno a la pulsión, pues se trata de una especie de negociación para que dicha vuelta a la realidad pueda realizarse sin dejar de obtener placer. “El artista, mediante la obra, posibilita la expresión de contenidos que, de otro modo, permanecerían velados. En esto, el arte se asemeja a otros procesos tales como el sueño o la neurosis: sirve de mediación entre lo que pugna por ser consciente (expresión de lo oculto en la naturaleza, el principio del placer) y la fuerza represora que intenta evitarlo (elemento cultural, principio de realidad).”<sup>132</sup> El deseo se realiza -no sólo en el propio artista creador sino también en su espectador- por el camino indirecto del arte. “El arte constituye el reino intermedio entre la realidad que deniega los deseos y el mundo de fantasía que los cumple.”<sup>133</sup>

Recordemos que un aspecto esencial de la sublimación es la *transformación* que ésta implica: algo se transforma al interior del individuo, posteriormente reflejado en la plasmación externa de la obra artística que adquiere un valor estético para la colectividad sensible. Al respecto expresa Schneider, “el don artístico es la inherente capacidad de transformación del inconsciente del individuo en una obra conscientemente comunicativa y más o menos universalizada (‘de retorno a la realidad’), a través de un proceso que se hace posible gracias a una peculiar flexibilidad de la represión y en el cual se libera energía para la transformación. Este proceso se ve alentado por la intensificación de varias fuerzas sexuales y un considerable incremento de la capacidad psíquica, y tiene por resultado una *forma* que es implícitamente interpretativa y explícitamente placentera para el espectador receptivo. El poder de su interpretación implícita y su capacidad de evocar un placer estético determina su longevidad y, en consecuencia, el grado de su permanencia, aceptación y grandeza en la cultura humana.”<sup>134</sup> Podemos considerar entonces la transformación psíquica como la clave para el progreso cultural. Schneider explica el

---

<sup>131</sup> Íbid

<sup>132</sup> Villagrán Moreno, Op. Cit., p.139

<sup>133</sup> Freud, *El interés por el psicoanálisis*, p.189-190

<sup>134</sup> Schneider, D. *El psicoanalista y el artista*, p.101

talento como una dote inherente de sensibilidad que permite la transformación del inconsciente en posibilidades nuevas y mayores de interpretación formal, explícita en la ciencia, implícita en el arte. Este autor asume que se trata de un mecanismo “elástico”, de una “flexibilidad” tal de la represión que deje energía disponible para la expresión creativa. Y podemos decir que es justo el nivel elasticidad del psiquismo lo que determina si la represión natural (y necesaria) de los impulsos puede sentar la base para sublimar, o si, por el contrario, solamente produce estancamiento.

“Las fuerzas pulsionales del arte son los mismos conflictos que empujan a la neurosis a otros individuos y han movido a la sociedad a edificar sus instituciones.”<sup>135</sup> En *Introducción al psicoanálisis*, Freud analiza el tipo de relación que el artista establece con la realidad como una situación que puede desembocar en la neurosis, afección que implica una rigidez psíquica (lo contrario de la elasticidad) y que –como veíamos en el capítulo anterior- merma el impulso creativo y la productividad: “[El artista] vuelve la espalda a la realidad, como todo hombre insatisfecho, y concentra todo su interés, y también su libido, en los deseos creados por su vida imaginativa, actitud que fácilmente puede conducirle a la neurosis. Son, en efecto, necesarias muchas circunstancias favorables para que su desarrollo no alcance ese resultado, y ya sabemos cuán numerosos son los artistas que sufren inhibiciones parciales de su actividad creadora a consecuencia de afecciones neuróticas.”<sup>136</sup>

Es importante hacer notar que el psicoanálisis únicamente concede a una minoría la capacidad del dominio de las propias pulsiones por medio de la sublimación, en pos de metas culturales “elevadas”.<sup>137</sup> El punto débil del mecanismo sublimatorio –expresa Freud en *El malestar en la cultura*- reside “en que su aplicabilidad no es general, en que sólo es accesible a pocos seres, pues presupone disposiciones y aptitudes peculiares que no son precisamente habituales, por lo menos en medida suficiente.”<sup>138</sup> En cuanto a la diferencia entre las personas comunes y corrientes y el artista, dice Freud en *Introducción al Psicoanálisis*: “los profanos no extraen de las fuentes de la fantasía sino un limitadísimo placer, pues el carácter implacable de sus represiones los obliga a contentarse con escasos

---

<sup>135</sup> Freud, El interés por el psicoanálisis, p.189

<sup>136</sup> Freud, *Introducción al Psicoanálisis*. p.342-343

<sup>137</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.173

<sup>138</sup> Freud, *El malestar en la cultura*, p.24.

sueños diurnos que, además no son siempre conscientes. En cambio, el verdadero artista consigue algo más. Sabe dar a sus sueños diurnos una forma... y posee el misterioso poder de modelar los materiales dados hasta formar con ellos una fidelísima imagen de la representación existente en su imaginación”. La sublimación es entonces considerada por Freud una *aptitud*, gracias a la cual el artista puede volver a encontrar el camino de la realidad. Y el arte evita la neurosis.

La gran mayoría de los individuos no escapa a la neurosis y por lo tanto no *crea*, no aporta producciones que contribuyan al desarrollo cultural; es decir, a una elevación de la humanidad por encima de sí misma que posibilite la verdadera libertad. La neurosis es un problema no sólo clínico sino –más relevante aún- un problema social, de enajenación y ausencia (o ruptura) de lazos entre los miembros de la colectividad, que sólo se resolvería si la fuerza de la sublimación llegara a superar a la de la represión negativa. Pero para esto, la sublimación tendría que ser un mecanismo accesible para todos. Sin embargo, Freud parece explicar dicho mecanismo como una habilidad que distingue a unos seres humanos de otros desde su nacimiento: “Nos parece que es la constitución innata de cada individuo la que decide en principio la importancia de la parte de la pulsión sexual que se mostrará en el individuo capaz de ser sublimada...”<sup>139</sup> Desde este punto de vista, la sublimación sería un mecanismo cuya base es *individual*. Una facultad determinada no social ni culturalmente, sino biológicamente.

Según Guillaumin, de acuerdo con la teoría freudiana la sociedad “no detenta la llave del poder sublimatorio, es decir de la capacidad que tiene la persona de renovar el material y la forma de sus sublimaciones. Esa capacidad sólo depende, en un momento y un individuo dados, de la historia personal, del bagaje pulsional y de las estructuras propias del sujeto.”<sup>140</sup> Sin embargo, el *retorno a la realidad* mencionado anteriormente, operado mediante la sublimación artística es –en otras palabras- la presencia ineludible del principio de realidad cuya base es la cultura misma. Quizá podamos decir que, como *aptitud*, la sublimación no depende de factores sociales, pero como señala el propio Freud y citamos en el segundo capítulo de este trabajo, la sociedad establece y delimita los

---

<sup>139</sup> Freud, *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, p.173

<sup>140</sup> Guillaumin, J. “La creación artística y la elaboración consciente de lo inconsciente” en Anzieu, D. (et.al), Op. Cit.

posibles campos de acción para la sublimación. Recordemos que para Freud, la sublimación implica una desviación de la libido hacia metas “socialmente aceptadas y valoradas”. Y en el terreno de la sublimación artística, los cánones de belleza y de “lo artístico” propiamente dicho son indudablemente culturales, aunque el talento del creador pueda ser innato y el auténtico deseo que motiva la expresión artística sea íntimo. En “El interés por la ciencia del arte” dice Freud: “Lo que el artista busca en primer lugar es autoliberación, y la aporta a otros que padecen de los mismos deseos retenidos al comunicarles su obra. Es verdad que figuran como cumplidas sus más personales fantasías de deseo, pero ellas se convierten en obra de arte sólo mediante una refundición que mitigue lo chocante de esos deseos, oculte su origen personal y observe unas reglas de belleza que soborne a los demás con unos incentivos de placer.”<sup>141</sup> De acuerdo con Guillaumin, la presencia de la sociedad en el proceso de la sublimación creadora es esencial. “Tratando de crear, es decir, de instalar la obra afuera, y corriendo de ese modo el riesgo de someterla a la prueba de realidad, el artista aspira desde el comienzo –al menos implícitamente- a ser ‘reconocido’ en su obra por los demás, que forman parte de esa realidad.”<sup>142</sup>

Además, no olvidemos que donde impacta la sublimación es *en la cultura* y de ahí la relevancia de este mecanismo de canalización pulsional. Aunque el impulso artístico provenga del interior del individuo, el arte es incompatible con la enajenación, pues ésta última se encuentra del lado de la neurosis obstructora de la libido y por lo tanto paralizante, sabotadora de la creatividad. Siguiendo la tesis freudomarxista de Marcuse, la auténtica creación artística une al hombre con su entorno social, y de acuerdo con la concepción marxista de la libertad como algo que sólo es posible *en comunión* con nuestros semejantes, para que el arte sea una puerta hacia la libertad, tiene que gestarse necesariamente *en sociedad*. Lo anterior significa, al mismo tiempo, que la sublimación artística constituya una posibilidad para todo ser humano y no únicamente para una élite. Esto nos hace retornar a la noción tradicional de lo sublime como impulso transformador que eleva al hombre por encima de sí mismo precisamente a través de su actividad creativa. El artista, de esta manera, es alguien capaz de superar su propia animalidad yendo

---

<sup>141</sup> Freud, *El interés por el psicoanálisis*, p.189

<sup>142</sup> Guillaumin, *Op. Cit.*, p.253

más allá de la determinación biológico-ontológica y creando algo nuevo, aportando algo diferente al mundo.

# Conclusiones

---

El recorrido realizado en este trabajo nos permite ver el hilo que conduce desde la noción griega antigua de lo sublime hasta la teoría freudiana de la libido en la cual se enmarca el concepto psicoanalítico de sublimación. El tema de lo sublime y de la sublimación siempre ha tenido relación con la estética y el mundo de la sensibilidad, pero también con el problema de la condición humana, la dualidad *Physis – Nomos*, y la virtud como aspiración moral-intelectual. La ausencia de una naturaleza humana ya dada permite que concibamos al hombre como un ser histórico, en constante búsqueda y autoconstrucción.

Lo sublime desde Longino ha sido entendido como tendencia, propósito o aspiración. Nunca como algo acabado. ¿Y hacia dónde se dirige dicha tendencia? Hacia las “alturas” donde se trascienden los límites de lo efímero (y se supera el mundo del determinismo biológico y de la necesidad, según Freud) para convertirse en algo más. Gracias a nuestra tendencia a la trascendencia somos conscientes de este gran salto y dicha conciencia implica darnos cuenta de la doble realidad: el hombre se encuentra determinado (por la naturaleza, concretada en las pulsiones), pero únicamente hasta cierta medida, pues en tanto *homo faber (suae quisque fortunae)*<sup>143</sup>, afirma su dignidad humana y es potencialmente libre.

El hombre es el único animal que anhela la inmortalidad, pues la finitud le recuerda las determinaciones que se contraponen a su libertad. Es en el ámbito espiritual donde se puede aspirar a una trascendencia, pero el asunto es complejo, pues el cuerpo y el alma se encuentran ineludiblemente entrelazados. El concepto freudiano de sublimación da cuenta justamente de tal conexión: la obra cultural-espiritual es entendida como energía sexual sublimada, transformada. El arte conjuga placer y realidad, y al mismo tiempo representa una vía para combatir al tiempo, dado que las creaciones sublimes son imperecederas.

---

<sup>143</sup> Artífice de su propio destino

La esencia de la sublimación es la transformación: transformando el mundo social y construyendo cultura, el hombre se moldea a sí mismo como si fuera un escultor de su propio ser. Sobreviene una metamorfosis del alma hacia un pretendido mejoramiento a nivel estético, moral e intelectual que fusiona la estética con la ética y con el anhelo de conocimiento. Hemos encontrado en *Eros* (desde Platón y mucho más tarde en Freud) la fuerza que motiva al hombre en esta búsqueda incesante. *Eros* subyace a la filosofía como deseo de saber, y al mismo tiempo a la creación de vínculos afectivos que nos unen al resto de la comunidad humana. Una mezcla entre el *Eros* y el principio de realidad (supuestamente antagónicos) da lugar a la creación de sociedades, instituciones y también obras artísticas.

El principio de realidad como referente de la cultura y de nuestros lazos con la sociedad no tiene por qué ser sinónimo de represión (en un sentido negativo) ni incompatible con la pulsión de vida. Ahí radica la importancia de la sublimación, siendo el puente que comunica al mundo instintivo y amoral de la sexualidad con la realidad representada por todo lo humano externo a uno mismo. Evidentemente cierta dosis de represión fue y es necesaria para “instaurar” la realidad de la cultura, pues la represión a fin de cuentas tiene una función adaptativa. Si la sublimación depende de la represión o es un mecanismo independiente de ella, quizá no lo podremos responder aquí de manera contundente. Tal vez tendríamos una mejor comprensión del hombre si se disolvieran algunos de los dualismos metafísicos: naturaleza vs cultura; principio de placer vs principio de realidad; instinto vs represión. Si el ser humano carece de esencia fija, ¿no consiste su naturaleza precisamente en la tendencia a crear cultura? En otras palabras, quizás el hombre posea una naturaleza cultural. Y si –como apuntaba Marcuse- la realidad social no fuera tan restrictiva, la sexualidad encontraría medios adecuados de expresión dentro -y no al margen- de ella. Siguiendo la propuesta de Marcuse, hay que concebir un nuevo orden de cosas: una filosofía estética en que el hombre y su entorno puedan integrarse en armonía, como un acto de libertad y nunca de inercia. Una ética sustentada en el *Eros* sublimado, que es impulso creador.

Lo ético, concebido como ético-erótico, forma parte de la propia condición humana y, por lo tanto, la posibilidad de sublimar también. Sin embargo, muy pocos seres humanos



*realizan de hecho* procesos de auténtica sublimación. Esto se puede ver en todos los ámbitos: el tipo de trabajo que predomina en las sociedades es el que se efectúa por necesidad (afirmandose, ante todo, el determinismo biológico); los lazos interhumanos suelen llevar consigo una considerable dosis de destructividad (dominando la pulsión de muerte sobre la de vida); la producción científica y la expresión artística están limitadas a una minoría (no sólo talentosa, sino –más importante aún- que tiene cubiertas las necesidades básicas y puede darse el lujo de hacer cosas que no tengan como fin la supervivencia).

Por otro lado, el hombre siempre ha temido lo que no puede explicar ni controlar. Por eso las fuerzas irracionales (el deseo, las pulsiones) son consideradas “oscuras” y se intentan aplacar, en un intento de hacer prevalecer nuestro ser racional y predecible. Sin darnos cuenta, nos resulta más cómodo afirmarnos como seres determinados que acceder al mundo de la sublimación transformadora cuya única esencia es el cambio constante. Al crear nos hacemos impredecibles. Nos volvemos libres. La poderosa fuerza de la energía libidinal debería ser aprovechada para fomentar todo tipo de creaciones, y no producciones mecanizadas-enajenadas, que sólo pueden traducirse en aportes culturales si son realizadas por seres que son dueños de sí mismos y de su trabajo. Hay que pensar en el enorme monto de energía humana desperdiciada diariamente en la repetición de patrones de conducta preestablecidos y en el acto de negación de uno mismo como intento de ser aceptado por los semejantes, en un contexto social donde la adaptación es sinónimo de uniformización. La sublimación implica que el hombre sea un agente activo de transformación cultural, aunque esto signifique una desadaptación momentánea al entorno, pues es menester ir contracorriente para combatir la inercia colectiva y generar cambios.

Si la sublimación es, *en potencia*, una facultad inherente a todo ser humano y la naturaleza del hombre es algo que está en constante transformación, podemos decir entonces que la aptitud para sublimar es susceptible de desarrollarse, junto con el hombre mismo. Quizás la clave esté en retornar a la idea griega de la *paideia*: hay que *educar* a la humanidad, poniendo a disposición de cada uno de sus miembros las condiciones para la reconstrucción creativa de sí mismos y con ello de la cultura.

Es, entonces, a través de la educación de la naturaleza del hombre hacia lo sublime como puede surgir lo verdaderamente humano y, al mismo tiempo, lo que permitiría al hombre liberarse de sus propias cadenas.

# Bibliografía

---

- Acosta, María. “Lo sublime y la visión trágica del mundo en los textos filosóficos schillerianos” en *Educación Estética*, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Anzieu, D. (et.al.) *Psicoanálisis del genio creador*. Buenos Aires, Vancu, 1978.
- Assoun, Paul. *Freud y las ciencias sociales*. Madrid, Del Serbal, 2003.
- Bataille, Georges. *La oscuridad no miente*. México, Taurus, 2001.
- Berlin, Isaiah. *Vico y Herder: Dos estudios en la historia de las ideas*. Madrid, Teorema, 2000.
- Brown, Norman. *Eros y Tánatos: el sentido psicoanalítico de la historia*. México, Joaquín Mortiz, 1980.
- Burke, Edmund. *De lo sublime y de lo bello*. Madrid, Alianza, 2005.
- Constante, Alberto.; Flores, Leticia (coord.), *Filosofía y Psicoanálisis*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006.
- Freud, Sigmund. “Carácter y erotismo anal” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. IX, Buenos Aires, 1999.
- ----- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XV-XVI, Buenos Aires, 1998.
- ----- “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XI, Buenos Aires, 1999.
- ----- “De guerra y muerte. Temas de actualidad” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XIV. Buenos Aires, 2000.
- ----- “El creador literario y el fantaseo” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. IX, Buenos Aires, 1999.
- ----- “El interés por el psicoanálisis” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XIII, Buenos Aires, 2000.

- ----- *El malestar en la cultura*. Alianza, México, 1989.
- ----- “El porvenir de una ilusión” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XXI, Buenos Aires, 1998.
- ----- “El yo y el ello” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XIX, Buenos Aires, 2000.
- ----- “Introducción al narcisismo” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XIV, Buenos Aires, 2000.
- ----- “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. IX, Buenos Aires, 1999.
- ----- *Psicología de las masas*. Alianza, México, 1991.
- ----- “Pulsiones y destinos de pulsión” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XIV, Buenos Aires, 2000.
- ----- “Sobre psicoanálisis” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XII, Buenos Aires, 1998.
- ----- “Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci” en *Obras completas*, Amorrortu. Vol. XI, Buenos Aires, 1999.
- Fromm, Erich. *El corazón del hombre*. México, FCE, 1985.
- Goethe, J.W. *Fausto*. México, Época, 1999.
- Gómez, Carlos. *Freud, crítico de la ilustración*. Barcelona, Crítica, 1998.
- González, Juliana. *El ethos, destino del hombre*. México, FCE, 2007.
- ----- *El malestar en la moral*. UNAM, México, Miguel Ángel Porrúa, 1997.
- Jaeger, Werner. *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Libro primero, México, FCE, 2001.
- Jiménez, Marc. “La agonía de Eros” en *Erotiques, revue d’esthétique* (traducción de Uriel Martínez). París, 1978.
- Kant, Immanuel. *La crítica del juicio del juicio*. Editores Mexicanos Unidos, 2006.
- ----- *Lo bello y lo sublime*. Buenos Aires, Ediciones Libertador, 2007.

- Laplanche, Jean. *La sublimación*. Amorrortu, Buenos Aires, 2002.
- Laplanche, Jean; Pontalis, Jean-Bertrand. *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós, México, 2004.
- Longino, *Sobre lo sublime*. Madrid, Gredos, 1996.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona, Ariel, 2003.
- Mateo, María. “La reivindicación de la diferencia en el Romanticismo Alemán” en *Signos Filosóficos*. Ene-jun, No. 007, Universidad Autónoma Metropolitana. México, 2002.
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. México, Alianza, 2000.
- Palacios, Lourdes. “Sublimación, arte y educación en la obra de Freud” en *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, julio-diciembre. Vol. IX, No. 002. México, 2007.
- Platón, “El banquete” en *Diálogos*. Madrid, Gredos, 2000.
- ----- “Fedro” en *Diálogos*. Madrid, Gredos, 2000.
- ----- “La República” en *Diálogos*. Madrid, Gredos, 2000.
- ----- “Menón” en *Diálogos*. Madrid, Gredos, 2000.
- Picó, Josep. *Cultura y modernidad*. Madrid, Alianza, 1999.
- Ricoeur, Paul. *Freud: una interpretación de la cultura*. México, Siglo veintiuno, 2009.
- Saint Girons, Baldine. *Lo sublime*. Madrid, La balsa de la medusa, 2008.
- Schneider, Daniel. *El psicoanalista y el artista*. Madrid, FCE, 1974.
- Touraine. Alain. *Crítica de la modernidad*. México, FCE, 2006.
- Vico, *Principios de una Ciencia Nueva*. México, FCE, 2006.
- Villagrán, J.M. “El pensamiento estético en la obra de Freud” en *Salud mental y cultura*. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Vol. XII, No. 41. 1992.

- Wolman, Benjamin. *Introducción al conocimiento de Freud*. México, Era, 1972.

### **Páginas web:**

- Blake, “Carta al Dr. Trustler” en *Grandes poetas famosos*  
<http://grandespoetasfamosos.blogspot.com/2009/01/william-blake.html>
- <http://etimologias.dechile.net/?entusiasmo>
- Schiller, “On the sublime” en <http://studiocleo.com/librarie/schiller/essay.html>
- Schiller, *The bride of Messina* en <http://www.gutenberg.org/files/6793/6793-h/6793-h.htm>
- “The Early Romantics” en <http://www.suite101.com/content/the-early-romantics>